

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

**Hibridez y representación
en el libro Personajes de los Indios Verdes**

TRABAJO RECEPCIONAL
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN CREACIÓN LITERARIA

PRESENTA

MARÍA ELENA AYALA MOTA

Directora de trabajo recepcional
Mtra. Karla Paola Montalvo de la Fuente

Ciudad de México, diciembre de 2017

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS ©

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

En este proceso de aprendizaje tan complejo para mí, agradezco a mis hijos por su amor y su apoyo y a mi esposo, de quien he aprendido a ser mejor persona y a vivir con amor.

También quiero agradecer a la Maestra Karla Montalvo por su paciencia y apoyo. De todos mis maestros tengo bellas enseñanzas y a todos les doy las gracias. A los amigos de la Universidad que me ayudaron a entender el mundo desde la juventud de sus ojos. Y finalmente a mis padres.

La impresión de este trabajo, se realizó gracias al apoyo de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

ÍNDICE

Introducción....4

PERSONAJES DE LOS INDIOS VERDES ...10

La estación....10

La hija de don Luis....21

Memorias sobre rieles....38

Efigenia....58

LAS FRONTERAS DE LA CREACIÓN....65

Conclusiones....101

Bibliografía....103

INTRODUCCIÓN

Este trabajo consiste en dos apartados: el primero, contiene el libro de relatos “Personajes de los Indios Verdes”. El segundo es la poética del libro.

Al inicio de la carrera no pensé que hubiera palabras suficientes para expresar el dolor y el abandono, no quería sufrir escribiendo de esas emociones, así que pensé escribir acerca de personajes animados, como en las fábulas, para evitar inmiscuirme emocionalmente. Con el paso de las letras y los escritos me di cuenta de que no había remedio, tenía que enfrentar cada historia a pesar del trozo de alma que se fuera en ella, confronté mis emociones y deposité en la escritura mis miedos y mis esperanzas. Escribir se convirtió en la búsqueda constante; encontrar historias y crear personajes. Esto es ahora una aventura inmutable en mi mente.

“Personajes de los Indios Verdes” es el resultado del proceso universitario que cambió todo en mi vida. Cada narración que conforma el libro habla de un personaje distinto y está escrito en primera persona porque cada uno soy yo, fui empática con cada narrador y busqué su propio modo de expresarse y de reaccionar. Al escribir sus historias me di cuenta de que mis personajes me arrebataron recuerdos y emociones.

“Escribe con sangre y aprenderás que la sangre es espíritu. De todo lo escrito no me gusta más que lo que uno escribe con su sangre” (Nietzsche 27). En esta cita donde la sangre representa el dolor, concuerdo con Nietzsche; escribir lastima, evoca malos momentos, pero al mismo tiempo cura, limpia, es placentero y es adictivo. Cada uno de los textos de este

libro es un grito que denuncia una necesidad de ser escuchada y tratar de comprender el mundo que me rodea.

En este proceso de aprendizaje escribí anécdotas que brincaron de la masa con una imagen propia, los hechos surgieron en la estación de los Indios Verdes, viví algunas historias, pregunté y observé otras que me gustaron. Sin darme cuenta esta frontera geográfica provocaba en mí la necesidad de escribir. Y decidí hacer este libro “Personajes de los Indios Verdes”.

Izcóatl y Ahuízotl fueron la inspiración del escultor Alejandro Casarín, ante la petición del entonces presidente Don Porfirio Díaz, que presentaría este monumento en una feria internacional en París. A su llegada en 1891 los Tlatoanis no tenían lugar, por lo que de forma provisional, fueron colocados en el arranque del Paseo de la Reforma sobre pedestales de mármol. Debido a las severas críticas causadas primero, por su apariencia estilizada y lejana a una apariencia indígena, y segundo por la falta de preparación académica del escultor, los Indios Verdes fueron removidos a la Calzada de la Viga (1902). Con el desprestigio que ya acarreaban y la remodelación vial, fueron removidos nuevamente y los llevaron al final de la Avenida de los Insurgentes (1920), dónde el Distrito Federal hace frontera con Ecatepec Estado de México. Ahí estuvieron primeramente uno de cada lado de la gran avenida, con la construcción del metro (1979) fueron removidos al costado, junto a la colonia Santa Isabel Tola, y finalmente, con la construcción del Mexibus (2013) se movieron al parque del mestizaje. Este monumento ha prestado su nombre a la estación del metro, a la estación del Mexibus y al mercado de la Estación.

Es representativo para mí porque es el margen entre el pueblo de mi infancia y la ciudad, porque ese trayecto albergó mis esperanzas y me construyó. Porque al pasar la

frontera todo era nuevo y colorido. Y me refiero a las historias y las costumbres mestizas que se me regalaron allí, no hay lugar más pintoresco y más grande que el pequeño territorio de los Indios Verdes.

Entre los textos que realicé durante mi estancia en la universidad, encontré “La estación” y “La hija de don Luis” en sus primeras versiones. Noté que la frontera de los Indios Verdes era un tema recurrente. Para los textos “Historia sobre rieles” y “Efígenia” hice trabajo de investigación. Cada narración presentó diversas dificultades; desde la historia de la experiencia propia representada de manera realista en el texto de “La estación” hasta encontrar historias ficticias como lo es “Efígenia”. Yo quería lograr que cada texto tuviera un tono de voz propio, que no sonaran iguales entre sí, lo que fue difícil, además de la compleja situación emocional al exponer mi intimidad.

Son cuatro narraciones que cuentan eventos sucedidos en la estación de los Indios Verdes y que están basadas en elementos de la realidad.

El primer texto “La estación” es una historia dolorosa y personal de acoso, que necesité escribir para denunciar las condiciones y los abusos que enfrenté un día que salía de la escuela. Cuando les conté a mis hijos, llorando y muerta de miedo lo sucedido, también les dije que nada ni nadie impedirían que saliera al mundo o incluso que terminara la Universidad. Cada proceso de vida y de crecimiento es doloroso para mí y por alguna razón soy lenta para comprenderlos, por lo que tardé años para poder escribir esta experiencia.

El segundo texto “La hija de don Luis” son fragmentos de la vida de mi mamá, este texto no fue tan doloroso para mí, pero sí para ella y yo pretendía entender y sentir lo que pasó en su vida. La entrevisté varias veces y le llamé por teléfono otras tantas. Las fechas

no coincidían por lo que tuve que cuadrar los tiempos. Yo quería lograr que su habla no fuera parecida a la mía, para lo que tuve que utilizar sus modismos.

Es el texto al que más tiempo le invertí. Al principio lo escribí para aprobar una materia y luego lo retomé con mayor profundidad, investigué y lo extendí hasta que, según mi criterio, ya no le faltó nada.

El tercer texto “Memoria sobre rieles” fue una entrevista que hice porque quería ver lo que los demás no ven y conocer lo cierto de los rumores en la estación del metro Indios Verdes. Mi amiga Maru me presentó a Abel y me acompañó a las dos entrevistas. Él no era muy agradable, era como insensible a las preguntas, supongo que no quería mostrar sus emociones o, en el peor de los casos, escondió sus sentimientos por su actitud machista.

A pesar de que en la segunda entrevista me llevó rosas y nos compró helado, no me simpatizó.

El cuarto y último texto “Efigenia” es un texto que por su breve extensión he leído, como invitada, a alumnos de distintas preparatorias, y me llena de satisfacción porque provoca muchas reacciones en la audiencia. Los invitados a las conferencias suelen ir a escuchar un simposio de filosofía y mi lectura a veces parece fuera de lugar. Sin embargo, se hace para cerrar el tema y ejemplificar problemas de machismo y violencia. Al comenzar a leer es como si los estudiantes se relajaran porque ya no habrá contenido filosófico, pero las caras cambian con la historia, pasan del gesto tierno al de horror. Esto lo noto porque cuando empiezo a leer los chicos platican entre sí y se mueven, pero al avanzar me miran con susto. Se va haciendo el silencio en la sala. Cuando termino de leer quedan asombrados. Tengo que decir que ya terminó. Luego de aplaudir, los jóvenes tienen muchas preguntas sobre cómo fue la creación del texto.

En este texto el narrador es un enfermo y creo que lo más impactante es que menciona cosas que vivimos en la cotidianidad y que son socialmente aceptadas, los límites y los valores se diluyen y eso nos asusta.

Este libro “Personajes de los Indios Verdes” ha sido una hermosa experiencia. Investigué la historia de los monumentos, la vida del escultor, la historia de los Tlatoanis, los orígenes de la empresa de trasportes San Pedro Santa Clara, hablé con los dueños, busqué en periódicos, tomé fotografías de los lugares y de las personas que me contaron las historias, viví cada personaje. El proceso para escribir este libro me hizo realmente feliz, hasta que llegué a la poética. Ésta ha sido tan difícil y tortuosa, dolió más que todo lo escrito, me sentí juzgada, frágil e insegura. Pero descargar mi emoción en el papel resultó reconfortante.

Karla Montalvo ha sido mi profesora desde que inicié mi carrera y ha guiado mi proceso de aprendizaje con entrega y profesionalismo, ella me empuja a ser independiente en la creación y en el análisis de mis textos, a pesar de mi resistencia. Por su fortaleza, su exigencia y su compromiso con la docencia, la elegí como la tutora de mi trabajo final.

Cuando terminé de escribir la muestra creativa, nos percatamos de la existencia de dos fronteras importantes para mi proceso de escritura: la primera estaba entre la realidad y la ficción. Y la segunda estaba entre las definiciones del género literario al que pertenece cada texto. En esta poética mostraré los elementos que me ayudan a definir esas fronteras. Por lo tanto, presentaré el análisis de dos fronteras; la primera entre la realidad y la ficción, y la segunda entre los géneros literarios a que pertenece cada texto del libro “Personajes de

los Indios Verdes”. Utilizaré como marco teórico a Hayden White, específicamente el ensayo “El texto histórico como artefacto Literario”.¹

Las fronteras o límites son muy importantes para todos y nos muestran desde dónde partimos y hasta dónde llegamos. Las fronteras pueden ser geográficas; pueden ser físicas (hasta qué punto podemos conocer el mundo con las limitantes de nuestra percepción), pueden ser emocionales (hasta donde somos capaces de sentir todo lo que nos rodea) y también hay fronteras entre los géneros literarios.

¹ Sobre Hayden White:

El historiador norteamericano Hayden White nació en Tennessee, Estados Unidos en 1928. Fue profesor de Literatura Comparada en la Universidad de Stanford, y actualmente, profesor emérito de Historia de la Conciencia en la Universidad de California, Santa Cruz. Desde la década del setenta, su obra ha sido crucial para disciplinas en las cuales la narrativa es de primordial interés, incluida la historia, los estudios literarios, la antropología, la filosofía, la historia del arte y los estudios cinematográficos y de los medios. Entre sus libros más importantes traducidos al español se encuentran *Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (1973), *El contenido de la forma: Narrativa, discurso y representación histórica* (1987), *La ficción de la narrativa* (2010). Hayden White es creador de la teoría de la narrativa histórica, según la cual en la narración de los procesos históricos utilizamos los mismos recursos que usamos para contar cualquier ficción.

<https://introduccionalahistoriajvg.wordpress.com/2012/06/24/hayden-white-1928/>

(Consultado el 30 de octubre de 2017).

Escogimos a este autor porque a pesar de no ser un literato, es un historiador y filósofo que ha dedicado gran parte de su trabajo de investigación, al estudio de la escritura histórica y su frontera con la escritura de ficción.

En el libro “Personajes de los Indios Verdes” traté de encontrar esas fronteras o límites que me ayudaron a descubrir las estrategias que utilicé con la aspiración a crear un texto literario.

Cuando decidimos analizar los textos del libro para hacer la poética, descubrí la necesidad de hacer un alejamiento emocional de la obra creativa; que es como desdoblar la personalidad, lograr observar el texto como si otra persona lo hubiera escrito, cortar el personaje del alma, fue como cercenar mi estómago sin anestesia, era necesario porque la narración se volvió una extensión de mi vida, y había que mirarlo desde lejos, juzgar y visualizar los actos de mis personajes como si el texto me fuera ajeno, como si el texto no fuera mío.

Este es mi trabajo, y lo pongo en sus manos.

PERSONAJES DE LOS INDIOS VERDES

La estación

Todos los días en el paradero de la estación Indios Verdes se hacían dos filas para subir al transporte que llevaba a mi colonia: una era para subir al camión y otra para viajar en la pesera, casi siempre me iba en la pesera porque era más rápido y seguro.

Un día al terminar mis labores en la Ciudad, me dirigía a casa y llegué a la estación. Eran las cuatro de la tarde, el mes de octubre, el cielo encapotado, y el aire soplaba suave y frío.

Me acercaba a las dos filas, cuando sentí una gota de agua, con su caída, rozó mi nariz. Miré abajo y entre mis pies ligeramente separados vi que cayó del tamaño de una moneda de diez pesos, el primer indicio de una tarde lluviosa.

Vivía en la colonia Hank González que antiguamente era el pueblo de ampliación Santa Clara y estaba ubicada en las faldas de tres cerros “San Andrés de la Cañada”, “La Mesa” y “La Esperanza.” La avenida para entrar y salir de la colonia fue el cauce natural de desagüe de los cerros, paralelo a ella corría una barranca que antes era de agua limpia, en otros tiempos ayudaba a regar los sembradíos del lugar, y abastecía el antiguo lago de Texcoco. Pero después, se convirtió en el drenaje de los que vivían cerca. El desahogo de agua de lluvia se interrumpió cuando construyeron la autopista a Pachuca, que frenó el torrente y provocó grandes inundaciones y caos por muchos años.

El alcantarillado era insuficiente y casi no había pavimentación; era la mina de oro de los políticos del municipio, siempre justificaban sus desfalcos con obras que se realizaban en el lugar, pero que los habitantes nunca vimos.

Los encharcamientos, consecuencia de las lluvias, no permitían el acceso o la salida de mi colonia; solo pasaban los camiones porque eran muy altos. Pensando en eso, me subí a uno. Me senté en el primer asiento que está detrás de la puerta de entrada, en el lugar de la ventana, quería que me diera el aire, porque el aroma a caramelo con el que aromatizan, me revolvía el estómago y me mareaba.

El chofer siempre tardaba en salir porque había que esperar largo rato a que se llenara el camión, pero ese día al ver en el cielo la nube negra cargada de agua, no esperó a que el camión se llenara, y le comentó al cacharpo:

—Ya viene el agua, hay que irnos o no pasamos.

En el camión había como unas quince personas, yo fui la última en subir.

Salimos de la estación y tomamos Insurgentes Norte hacia la vía Morelos. Íbamos pasando por el entronque entre la libre y la autopista, cuando la nube comenzó a desahogar. En los cerros ya había llovido, por lo que ya estaba bajando mucha agua por las calles.

Al llegar a la Clínica setenta y seis teníamos que dar vuelta a la izquierda y entrar a la colonia San Pedro, pero el tráfico no lo permitió. Los carros particulares y las *peseras* estaban detenidas frente a un río de aguas turbias; el aroma a alcantarilla era penetrante, ni siquiera el aromatizante del camión aminoraban la fetidez. El torrente que inundaba la Vía Morelos venía de los cerros que rodeaban mi colonia. Ninguno de los automovilistas se atrevía a cruzar, al ver cómo los carros, que estaban estacionados en la clínica, flotaban sin rumbo y sin control entre las aguas.

Por las coladeras no se iba el agua para vaciar la vía, al contrario, se formaban borbotones de desechos de drenaje.

Los que íbamos en el camión veíamos navegar los carros, que flotaban en las aguas turbias. La lluvia no nos detendría, me sentía segura y con cierto poder por la altura del transporte. El chofer con valentía se adentró en el caudal y el motor del camión vaporizó, el parabrisas se empañó, y la maquina rugió en un afán de queja por el cambio de temperatura. Los tres escalones altos que hay para subir al camión estaban cubiertos de agua. Por la parrilla del frente se filtraba la suciedad y el motor se cubría más de la mitad.

La barranca se desbordó y esa agua se juntó con la que venía de la avenida y formaron un gran torrente irrefrenable en las faldas de los cerros.

Poco a poco nos dirigimos a la entrada de la colonia. El agua lodosa llegaba casi a la mitad del camión, yo la hubiera tocado si tan solo sacaba la mano por la ventana. El chofer no dejaba de acelerar para que el agua no entrara en el mofle. En el frente del carro las piedras y palos nos golpeteaban. Los demás conductores de carros particulares y *peseras* nos miraban asombrados con la intención de imitarnos, pero no se atrevieron.

Logramos pasar la primera parte inundada, entre lodo, basura y carros fuera de control. Después de un tramo, que en ese momento pareció ser muy largo, quedamos

liberados. Pensé que eso era todo. Me acomodé en el asiento y miré al chofer con admiración, él me miró y sonrió. Parecía un hombre agradable y hasta simpático. Sus piernas eran largas y robustas como si fuera muy alto y fuerte, dominó el camino y las circunstancias.

El camión tomó una calle que nos llevó por la zona alta y el chofer elevó la marcha. De repente vimos que la avenida principal para pasar por San Pedro y llegar a mi colonia estaba también inundada. El agua iba a gran velocidad y pegaba en las cortinas de los negocios que habían cerrado. Al ver el caudal y su fuerza, la gente con miedo, subió a las azoteas de sus casas. Algunos otros, asombrados, miraron desde las ventanas.

En un gesto de audacia, el conductor adentró su camión nuevamente en el agua. Recorrimos una calle, el chofer luchaba con el volante, pero el camión se movía al capricho del meneo del agua que parecía tomar el mando.

Entre la turbulencia y el lodo que corría alcancé a ver un árbol completo y un tambo de lámina. En un intento de esquivar los objetos, el chofer decidió dar vuelta a la izquierda en la siguiente esquina. El agua arrastró la cola del camión hasta recargarla en un poste, el chofer aceleró insistente y la máquina nos sacó del agua.

—Se desbordó la barranca, lo mejor será irnos por el cerro. Dijo el chofer.

Nos metimos por un lugar desconocido, yo sólo sabía que era la entrada a una colonia llamada “La mesa” que estaba en la faldas del cerro del mismo nombre. Se llama así porque la parte más alta tiene la superficie plana.

Empecé a preocuparme, ya eran las siete de la tarde y debido a la tormenta mi teléfono celular no funcionó; no tenía cómo avisar a mi familia lo que pasó.

—¿Cree usted que llegaremos al módulo de vigilancia?

Esa era la referencia más cercana a mi casa.

—Sí, no hay ningún problema, no se preocupe.

El chofer me inspiró confianza, él me llevaría a mi casa. Yo nunca había ido por ese cerro.

El agua caía en la lámina del transporte y no me permitía escuchar otra cosa. Ya estando casi a la mitad de la subida, la lluvia se convirtió en enormes granizos, que al estrellarse contra el autobús me aturdieron.

Yo estaba muy asustada, la temperatura bajó más y mi suéter era muy ligero; la mandíbula me temblaba y mis piernas estaban heladas, el aire era fresco y el camión olía como un traste de lámina con un aroma que me provocaba choquío. Dieron las ocho de la noche y no vi lugar conocido. A pesar de que llegamos a la parte más alta del cerro, y me asomé por la ventana no pude ubicar mi casa. La pendiente no era tan pronunciada y las casas no me permitieron ver a lo lejos. El granizo cesó. La lluvia siguió cayendo tan tupida y gruesa que el agua escurría por los vidrios como una cortina que distorsionaba la imagen.

¿Mis hijos llegarían bien? ¿Estarían seguros en casa?

Los asientos de los camiones que llevaban a esa colonia eran muy altos, como los de los camiones foráneos, y yo era muy chaparrita. Vi bajar a algunas personas. Incluso un hombre me dijo que me bajara con él, pero ¿a dónde me llevaría? ¿en dónde estábamos?

El hombre me veía, ni siquiera le respondí, bajó del camión, y lo miré alejarse. Ante el frío y el temor, me levanté de mi asiento, no di ni un paso, solo di vuelta y miré para atrás, todo estaba vacío. En el intento de sentirme cómoda traté de conversar con el cacharpo, pero solo se reía, y miraba al chofer.

La lluvia amainó, o por lo menos ya no era ese ruido ensordecedor, las lámparas públicas prendieron, pero yo no sabía si era por los oscuro de las nubes acuosas o por la

noche que llegaba. De nuevo pensé en bajar, pero ¿hacia dónde caminaría? y ¿a quién le pediría ayuda?

— ¿Llegaremos pronto a la avenida San Andrés, cerca del módulo?

— Claro que sí, no te preocupes ya estamos en el cerro de San Andrés y nos bajaremos por la avenida, en donde está el módulo.

San Andrés era otro lugar que no conocía. Cada vez había menos casas, pero nunca pensé que se acabarían por completo. Las calles eran muy cortas y la vegetación se asomaba al final de cada una, ahí terminaba todo lo poblado, la luna tapada por las nubes escondía su luz. Sentí que estaba muy lejos, como en una provincia desolada. Nos detuvimos.

Llegamos a un lugar entre árboles enormes y matorrales, estaba muy oscuro y a lo lejos solo se dibujaban las siluetas negras de los cerros despoblados. Junto al camión había tres paredes sin aplanar que pretendían ser un cuartucho, le faltaba una barda y del techo colgaba un foco que apenas nos iluminaba. La lluvia amainó, las gotas eran ligeras pero abundantes. El camión estaba cerrado.

La soledad era palpable, sentí el silencio como un hoyo profundo frente a mí, la noche nos rondaba como acechando nuestros movimientos. Nadie decía nada. Los dos hombres tenían la mirada perdida en el parabrisas.

El chofer abrió la puerta y le dijo al cacharpo que se bajara a comprarle un refresco. Me preguntó si no quería nada de tomar, contesté que no. Le dio dinero al muchacho, que me miró con burla y bajó corriendo. No había ninguna casa, ni persona cerca. Enseguida que bajó el muchacho, el chofer desde su lugar con una palanca cerró la puerta, con un movimiento brusco y escandaloso le puso seguro automático. Yo le pregunté:

—¿Tardaremos mucho? Es que ya es muy tarde.

—No, pero tenemos que dejar descansar el camión y luego nos vamos.

Mi celular todavía no tenía señal, y ya habían sido muchas horas de lluvia y de camino; las manos me sudaban y con la correa de la mochila que traía, empecé a friccionar las palmas, sentía dolor, pero no me importó, quería pensar en otra cosa. Y no lo lograba.

—También tenemos que esperar al checador, para que firme mi tarjeta. No te puedes bajar en este lugar porque está muy feo y muy solo. Las señoras bonitas como tú se pueden resbalar, porque no hay pavimento, la avenida todavía está muy lejos.

Y mientras me daba esas explicaciones, caminó a la parte trasera del camión y cerró los seguros de cada una de las ventanas con sus respectivas cortinas de color azul marino. Yo seguía sentada hasta adelante ahora del lado del pasillo, porque la ventana se goteaba y se mojó mi brazo.

Él hablaba desde los asientos de atrás del camión. En la nuca, bajo mi cabello me recorrió un escalofrío, sentí que en cualquier momento la mano enorme del chofer me tocaría.

El tipo ya había terminado de cerrar todas las cortinas, la oscuridad era tanta que no podía distinguir su silueta al final del camión, solo podía sentir el frío de la noche alrededor de mis brazos y piernas. Escuché su voz que salía del pasillo, era grotescamente aterciopelada, sucia, tenue, intentando ser seductora. Podía imaginar al chofer en medio de esa oscuridad desabrochando su pantalón. Yo no quería moverme. Apenas respiré. Y él me llamaba.

—Ven, chiquilla, aquí platicaremos mejor, acércate.

La luz del foco iluminaba la cabina del camión, solo se podía ver el volante, el asiento y la palanca de velocidades. Comencé a pensar que el cacharpo no llegaría. El chofer insistía.

—Dime cómo te gusta que te digan, yo te llamaré como tú quieras, no tienes que darme tu nombre. Ven, mamita, no quiero seguir hablando fuerte, siéntate junto a mí para platicar quedito, hasta se nos va a quitar el frío.

Sentí como si cada palabra rasgara mi ropa. Crucé los brazos como cerrando mi suéter, intentaba protegerme.

El hombre poderoso y valiente que pensé que me llevaría a mi casa a salvo, se había convertido en un monstruo ansioso por cumplir un capricho a costa mía.

Pensé en sensibilizarlo, le hablé de mi familia, le dije que era esposa de un policía y que tenía dos hijos que ya eran adultos, le pregunté si tenía esposa e hijas, y me contestó que sí. En ese momento sentí un poco de esperanza, supuse que él me pensaría como una de las mujeres cercanas a su vida.

— ¿A qué hora nos vamos?

No me moví de mi lugar, miraba los controles del camión y pensé ¿cuál abrirá la puerta? pero no estaba segura. Si me paraba, él no me dejaría salir.

Pensé que no podía ser violenta para defenderme. El tipo era un hombre alto como de un metro setenta, gordo, con una panza que colgaba encima de su cinturón, su piel era morena clara, sus labios carnosos y su pelo corto y ondulado. Sus manos eran enormes, parecía que cubrían todo el volante cuando manejó.

Él buscaba la oportunidad de jalarme con sus palabras. Le dije que estaba bien ahí. Él en ningún momento fue grosero, pero insistía e insistía y su amabilidad me asqueaba. Al ver que no me acerqué, vino hacia mí:

—¿Me permites sentarme?

—Sí, siéntate, pero en la otra fila de sillones, frente a mí.

—Claro mi reina será como quieras.

Moví mis piernas hacia el pasillo para quedar de frente y evitar, así, que se sentara a mi lado. No quería sentir su pierna tocando la mía.

— ¿En qué momento nos vamos?

— Ya que insistes tanto ¿qué te parece si nos vamos después de que me des un beso?

Ya no sabía cómo decirle que no, sin provocar su enojo. Estábamos frente a frente, su aliento desagradable, podía oler su camisa con aroma a cloro. Escuchaba su respiración y sus manos apenas tocaban las mías. El aroma en su boca era dulce y amargoso.

Se levantó, me tomó de la mano y me pidió pararme frente a él, me negué y él comenzó a jalnearme. No quería que me obligara, así que puse mi mochila a un lado y me paré. Vi su gran estatura y fuerza. Trató de cargarme, forcejeamos, pero no me dejé y me senté de nuevo. Coloqué mi mochila en mis piernas.

Quedé sentada en el mismo sitio de antes. Él se paró enfrente, abrió las piernas, con sus rodillas, rodeó las mías. Puso sus manos en mis hombros. Sentí que sus palmas abarcarían también mi pecho, pero no fue así. Me pidió que lo mirara. Tomé sus muñecas y traté de quitar sus manos de mis hombros, pero no pude. Entonces coloqué mis manos en sus brazos, traté de empujarlo lejos pero no lo moví ni un centímetro. Intenté abrir mis

piernas para mover las suyas y no lo conseguí. Su cuerpo estaba firme, caliente, decidido. Sus ojos miraban mi boca, en un gesto que intentaba ser dulce, pero no lo lograba. Trató de besarme; sus labios correteaban los míos, mientras mi cabeza giraba de un lado a otro. Me agaché, cerré los ojos y puse las manos en mi boca.

Como ninguna estrategia me dio resultado, lloré. No fue difícil. Saqué un pañuelo de papel y limpié mis ojos.

— ¿Por qué no nos vamos ya?

— Porque no. Ya no llores, no sé ¿por qué no quieres estar conmigo? Mira, aquí en la cabina traigo mi cepillo de dientes, yo no soy sucio, si quieres te lo enseño.

Y en ese momento se quitó de encima de mis piernas y se sentó a un lado. Colocó su brazo en mi espalda y tocó mi hombro. Me jaló hacia él.

— Solo un beso ¿qué te cuesta?

Bajé la mirada y sumida en llanto, abrazaba mi mochila; pensaba si esto no funciona no sé qué voy a hacer. La lluvia se convirtió en llovizna. Le dije en qué batallón estaba mi esposo, como si eso me salvara del momento y saqué mi celular.

— Por favor dime en dónde estamos, quiero que mi esposo venga por mí.

— Ash, pero qué terca, no le llames, ya nos vamos.

Se dirigió a la cabina, encendió el camión. Respiré con cuidado para no hacer ningún ruido que pareciera provocarlo, él manejó un tramo pequeño y se detuvo otra vez.

— Ándale payasa, ni uno chiquito.

Ya no le contesté. Mi mirada llena de agua se clavó en el parabrisas. Avanzó de nuevo, no hicimos ni diez minutos de camino, cuando llegamos a la avenida. Pensé: que poca madre, estábamos muy cerca de las casas.

En la esquina había mucha gente esperando. El camión se llenó de inmediato. Había tantos que al terminar de subir, los últimos colgaban de la puerta. Algunas personas subieron empapadas y en poco tiempo el calor se hizo abochornante. El camión avanzó un largo trecho hasta que llegó a un campo de fútbol que yo, por fin, reconocí. No logré ver la avenida, pero el chofer dijo a los pasajeros que no había paso, que se iría por las colonias del cerro, es decir, por dónde llegamos.

De inmediato pedí la bajada, no sé si el chofer me vio, había mucha gente, bajé aprisa y miré al camión alejarse. Sentí ganas de llorar, pero no quería que nadie notara mi angustia. Al mirar a mi alrededor me di cuenta que nadie la habría notado.

Pisé una gruesa capa de lodo que me tapaba hasta los tobillos. Comencé a caminar. La avenida era un desastre. Algunos carros detenidos, otros volteados, un taxi Volkswagen estaba encima de un carro particular. Los vecinos trataban de sacar a los conductores, no sé si vivos, yo no quería ver nada, caminé un tramo, después vi la carretera despejada de tráfico.

De entre las callecillas transversales, salió un camión amarillo de esos que transportan al personal de las fábricas, ya iba vacío y varios le hicimos la parada, se detuvo, le preguntamos cuanto nos cobraba por llevarnos hasta dónde pudiera pasar, él señor dijo que nada y nos subimos.

Nos llevó por una calle paralela a la avenida, la gente caminaba con tranquilidad, no había lodo, la poca agua que corría en las calles era limpia y transparente. Estando tan cerca del desastre, y los vecinos barrían sus calles sin preocupación alguna.

Llegando al módulo de vigilancia me bajé, le di las gracias al chofer y caminé a mi casa. Cuando llegué mi familia cenaba chocolate caliente y miraban la televisión. Me bañé con agua tibia, me sequé el cabello, y me fui a dormir, no quería ni pensar, ni comer nada.

Fue hasta el día siguiente, que vimos la noticia;

Ayer, durante tres horas cayó una tromba que paralizó el municipio de Ecatepec. La colonia Hank González fue declarada zona de desastre. Cinco personas muertas. Ocho viviendas destruidas. Ochenta automóviles arrastrados y diez casas afectadas.

Después de escuchar eso, y durante la comida le conté a mi esposo y a mis hijos lo que había vivido aquel día.

La hija de don Luis

I

Cuando nací mi papá tenía cincuenta y dos años; medía casi dos metros, era fornido y su piel era blanca como la harina cruda. Era un tornero independiente muy mal hablado, que fabricaba cubiertos, y no le gustaba que lo mandaran. Eran los tiempos después de la Segunda Guerra Mundial y él temía que la hambruna llegara a casa, por lo que almacenaba grandes cantidades de comida en un cuarto especial, escondido en un muro falso junto al comedor. La pequeña entrada estaba detrás de una vitrina con puertitas de cristal.

Don Luis nació en 1896 en la sierra de Pachuca. Mi abuelita contaba que no había energía eléctrica y las noches eran tan cerradas que no se podía mirar la mano aun cuando casi tocara la nariz. Una vez justo a las doce de la noche, cuando iniciaba el segundo mes de vida de mi padre, mi abuela vio por la ventana una bola de fuego que bajaba de la loma y se paró encima de la tumba de un muerto.

Lo bueno es que arriba del marco de la puerta, continuó la abuela orgullosa, yo había colocado un collar de ajos, en el piso de la entrada una reata que simulaba ser una serpiente, en la cabecera de la cama unas tijeras abiertas, y en la almohada del niño unas agujas prendidas en cruz. Con todas esas cosas y el rezo nocturno, ninguna bruja por poderosa que fuera se acercaría a chupar la vida del inocente. Esa noche al sentir cerca al ente de fuego el niño se espantó, las ancianas del poblado tuvieron que gritar su nombre completo dentro de un jarro por las cuatro esquinas de la casa, “Luis Mota Soto” para que su espíritu no se perdiera en el bosque. Ese día la abuela con una mueca de llanto en el rostro miró pasar sus recuerdos por la ventana.

Cuando yo era niña visité muchas veces esa casa donde nació mi padre. Los ruidos nocturnos de los animales alimentaban el temor y la zozobra de las pesadillas infantiles. Para proteger a las personas de las fieras y los fantasmas, se colgaban en las paredes

alambres que sostenían latas llenas de petróleo con trapos que se mecían encendidos, los muros negreaban y daban forma al fuego que arropaba la casa. Mi papá creció lleno de mitos y creencias, temeroso; sentía la vigilia constante de los demonios nocturnos que sin duda alguna querían arrancarle los brazos.

Al cumplir dieciocho años don Luis se fue a trabajar a la capital, y enamoró a una amiga de sus hermanas llamada Felisa con la que tuvo un hijo llamado Daniel.

Diecinueve años después conoció a mi madre cuando ambos viajaban en el tranvía; Mi mamá se llamaba Manuela, era telefonista y un día que se dirigía a su empleo, bajó en el mismo lugar de siempre. Él la siguió, conversó con ella y ya no la dejó ir.

Manuela se enamoró y se fue a vivir con don Luis, al poco tiempo nació mi hermano Picho, catorce años más tarde nací, tres años después nació mi hermana. Y mi padre cumplía ya los cincuenta y cinco años.

Yo lo recuerdo como un hombre lleno de canas, con sus nervios muy alterados. Él justificaba sus temores nocturnos con un montón de anécdotas.

Contaba que una noche después de visitar a mi madre en Taxco, Guerrero, de donde era oriunda, él caminaba tarareando una canción y a lo lejos, entre los callejones empedrados del pueblito e iluminados con farolitos tenues, vio bajar a una hermosa mujer de cabello negro y largo, con un vestido blanco de gasas que le tapaba los pies. La dama parecía flotar, don Luis se apresuró para encontrarla y con gesto galante extendió su mano para ayudar a la joven a bajar la banqueta. Ella lo miró con sus ojos amarillos y llenos de coraje, y cuando por fin colocó su mano sobre la de mi padre, al contacto, se convirtió en una garra de perro. Mi papá quedó petrificado y miró su palma que quedó vacía. Más

adelante la dama exhaló el grito de la llorona. Don Luis contaba que cada vello de su cuerpo se había erizado y que del miedo sintió un dolor en la espalda que no le permitió moverse.

Ya viviendo con mi mamá, una vez, mi padre fue a venderle cubiertos a los dueños de una fábrica. Los iban a dar de regalo a los empleados. Ya casi era Navidad. Cuando llegó a la casa dijo:

—Manuela, me encontré a Gilbón, mi amigo de la juventud, y él muy madres me dijo: “solo te vengo a decir, Luis, que hay un castigo que esperar y una gloria que merecer” ha de andar borracho, el muy pendejo.

Mi madre le contestó:

—Un chamaco te trajo esa esquela de nueve días, que está sobre la mesa.

Cuando mi padre abrió el sobre luctuoso empalideció, caminó hacia la puerta, miró al final de la calle y después de un rato regresó. Dejó caer la esquela sobre la mesa, y le dijo a mi madre:

—Cuando tenía quince años, en una borrachera, prometí junto con Gilbón que el primero que muriera, le avisaría al otro lo que hay después de la muerte, y ya me lo vino a decir.

Anécdotas como ésta, mi papá, solo las contaba durante el desayuno, porque en la noche, según decía, llamaban a los muertos.

En ocasiones todos escuchábamos cosas raras.

En esos tiempo mi mamá cocinaba con leña o con petróleo. Para que no se tiznara la casa, mi papá construyó la cocina con un tejaban de madera con lámina, la hizo en una esquina del patio, recargada en la última barda del terreno. El jacalito no tenía puerta y le faltaba una pared, se sostenía de un muro de concreto del que colgaban las cazuelas de barro y cucharas de madera, abajo había un mueble que mi papá hizo de tablas y que estaba lleno de trastes. Todo estaba cubierto de hollín. Las gallinas, dormían en unos palitos que puso mi papá en una esquina, los gansos, los gatos y los perros abajo del trastero.

Una vez estando dormidos, ya muy entrada la noche, escuchamos cómo se cayó la cocina, en el estruendo oímos cómo se rompieron las cazuelas y el techo aplastó el trastero y el clecuil. Los perros asustados ladraron, las gallinas y los demás animales se alborotaron, y todos se regaron por el patio. Mi papá dijo:

—No se paren, ya se cayó la chingada cocina, mañana la levantamos.

Al otro día nos paramos más temprano para ayudar a mi mamá. La primera en salir al patio, dispuesta a preparar el desayuno con lo poco que estuviera en pie fue ella. Con un grito de incredulidad nos llamó a todos al comedor y nos dijo.

—Asómense y vean la cocina, parece que lo que escuchamos anoche, sólo lo imaginamos.

Las cazuelas colgaban tranquilas y expectantes de sus clavos, todo estaba en su lugar y el clecuil parecía listo para recibir el fuego del desayuno. Todo era normal excepto los animales que se metieron al baño, mi papá preguntaba constantemente:

—¿Lo escucharon, verdad? Tal vez es una advertencia, voy a revisar el tejado, no sea que se vaya a caer pronto.

Don Luis siempre vivió con coraje y miedo, decía que las ánimas en pena se alejaban con groserías y malos tratos, por eso maldecía y se enojaba tanto. Luego sin motivo aparente, comenzaba una letanía completa de malas palabras, pensaba que lo seguía el diablo en forma de perro negro y que solamente a punta de chingados se iba. Aunque sólo él lo veía. Nunca me pude acostumbrar a esas cosas, ni a muchas otras que hacía mi papá.

II

Cuando mi hermana y yo nos sentábamos a la mesa, como dos pequeñas pingüicas y se nos ocurría hablar con la boca llena, le daba asco, se enojaba y gritaba tanto que hasta el jarro de pulque que estaba siempre junto a su plato temblaba. Yo le pedía a mi mamá, con voz débil y temerosa, cochío, cobeto y cochaa (no recuerdo la edad que tenía pero ni siquiera hablaba bien), era la forma en que pedía mis cubiertos. Para él era muy importante que comiéramos con propiedad. Nos prohibía muchas cosas como subir los codos a la mesa, tomar agua antes de terminar el guisado, levantarnos antes de terminar el postre; no era fácil recordar tantas reglas. Pero como teníamos miedo de sus gritos hacíamos un esfuerzo por no olvidarlas.

Mi madre era una mujer provinciana, trigueña, sonrosadita como el piñón, muy bajita. Bajo su piel tersa escondió todos los sentimientos que mi padre reprimía en ella. Ataviada de prejuicios, usaba una argolla de cobre para esconder la vergüenza de no ser una mujer casada. ¡Pobrecita de mi mamá!, no se cansaba de servirle a don Luis en todo lo que él necesitaba, siempre con la mirada baja y cubriendo con la ropa y los brazos sus senos protuberantes. Ella pensaba que le habían crecido a fuerza de utilizar el metate. Era muy risueña pero se tapaba la boca cuando reía porque tenía los dientes muy grandes y le daba

vergüenza que se los vieran. Catorce años más joven que don Luis, ese era el pretexto perfecto para que la celara tanto, según decía mi padre.

La primera imagen que recuerdo de mi mamá es que se iba. Nos abandonó, a mi hermana y a mí en los brazos de nuestro padre. Él en cuclillas nos inmovilizó con su cuerpo rodeando el nuestro.

Mis ojos le gritaron a mi madre con llanto, que no se fuera. Yo estaba parada y no pude correr. Sólo podía mirar a mi alrededor. La casa pintada del color de mi padre. Todo era cada vez más grande como sus manos. Las paredes guardaron el eco de su voz, sus gritos, y los golpes a Manuela. Mis manos pequeñas se abrían y cerraban desesperadas. Podía escuchar el roce de la falda de mi madre cuando se alejaba; sus pasos eran lentos, sus pies se arrastraban como jalados por mis chillidos, pero la idea de libertad la llevó a la puerta.

Cansadas de tanto llorar, mi hermana y yo miramos a mi papá con nuestra carita terrosa. Él con coraje y con duda parecía no saber qué hacer con nosotras. El cansancio tocó con lentitud todo mi cuerpo como un viento tibio que calmaría las aguas.

No quería que mi padre me cargara, y al mismo tiempo lo abracé. No sé si mi hermana sentía la misma confusión que yo, porque era la consentida de mi papá, pues se parecía a mi abuela, yo creo que ella estaba cómoda.

Con sus brazos huecos nos cargó y nos llevó a la cama. Al cabo de un rato nos quedamos dormidas. Cuando despertamos, horas más tarde, mi madre ya estaba de vuelta en casa.

No lo recuerdo bien, pero al otro día, algo malo hice, porque mi papá me levantó en vilo de la mano izquierda y en el aire me dio tres nalgadas. Él era tan grande y fuerte que no podía zafarme. Mi madre lo veía y rogó porque no me pegara pero su voz era muy tenue, y no logró que él dejara de golpearme. Todo se oscureció, solo veía su cara muy pálida que gritaba no sé qué cosas. Jamás volví a desobedecer.

III

Pero también tuve ratos agradables en mi infancia. Vivíamos cerca de lo que ahora es el metro Indios Verdes. Junto a unas vías.

Decían que en ese tramo “Chucho el roto” asaltó el tren e hizo agujeros en el piso de los vagones, para dejar caer monedas de oro en el camino. Yo no lo vi pero mi papá decía que le tocó recogerlas.

Eran las orillas de la ciudad, que en ese entonces no estaba tan poblada. No había pavimento y la tierra era como arena muy fina. En tiempo de seca el gobierno regaba tezontle alrededor de la vía y grava entre los durmientes; el tren pasaba dos veces al día o hasta más. La casa retumbaba con el paso de la máquina, pero ya estábamos acostumbrados.

Fue hasta la llegada de la televisión cuando el tren se convirtió en una molestia. Como a tres calles de la casa de mi papá vivía Meteoro, una señora que tenía televisión y nos cobraba cuarenta centavos por ver los pocos programas que había. Si nos tocaba el paso del tren, el pago era un desperdicio porque no se podía escuchar nada.

Un día a la semana iba mi mamá junto con las vecinas, a ver novelas y todos los niños jugábamos en la calle de Meteoro. Lo más divertido era ir de mosquita en el camión

de la leche, que cargaba muchas rejas, con doce botellas, cada una tapada con papel aluminio en forma de corcholata. Paquito, que tenía como cinco años y era el más chico de la palomilla ponía las reglas: “vequita el que no se eche una moquita, y veinte pelalas en la cabeza”. (Viejita que el que no se vaya de mosquita y veinte pedradas en la cabeza.) Así que todos los chamacos colgábamos de unos tubos que traía el camión en la parte trasera. El chofer nos gritaba groserías y amenazas para asustarnos. En la esquina nos soltábamos y regresábamos a nuestros juegos.

Cuando llovía, en las vías del tren se hacían unos charcotes. Mi mamá siempre nos ponía vestidos muy limpios y ampones para salir a jugar. Yo me colocaba en cuclillas y los holanes de mi ropa terminaban llenos de lodo, todo por agarrar unos enormes ajolotes que metía en envases de refresco; a veces estaban tan panzones que no cabían por el cuello de la botella, así que los empujaba con el dedo.

Al llegar a mi casa los sacaba con muchos trabajos, los echaba en una cubeta y los escondía debajo de la cama. Me gustaba ver cómo se transformaban. Después de un tiempo, ya convertidos en sapos, bajo el manto de la noche oscura y silenciosa, empezaban a croar; mi papá se levantaba de la cama; nos sacaba la verdad a gritos, y cuando le decíamos donde estaban los sapos, los aventaba a media calle.

Yo miraba cómo pasaban los carros y los destripaban.

IV

Los días festivos, desde temprano, salíamos a jugar a la calle enfrente de mi casa, con las hijas de las vecinas, mi mamá ponía una sillita en el zaguán y tejía grandes manteles

mientras nos cuidaba. Con los niños no jugábamos porque se enojaba mi papá. Y allí sí nos veía.

Cuando tenía diez años y mi hermana siete, un día de Reyes; a mi hermana le trajeron un muñeco grande con ojos azules, se llamaba Rubén, y ella nunca se lo prestó a nadie. A mí me trajeron un juego de té de aluminio que era muy fino y tenía las orillas dobladitas. El de mi amiga Gelos era de hoja lata, así que era más barato, pero tenía dibujadas florecitas. Me gustó más el de ella, así que se lo cambié.

Cuando mi mamá se dio cuenta fue con la vecina a que le devolviera mis trastecitos. Claro que hubo problemas pero mi mamá los recuperó, se enojó mucho conmigo y me dijo que los Reyes no existían y que ella y mi papá me habían comprado el juego de té. Yo no le creí. No le dije nada a nadie, y me siguieron trayendo juguetes.

Después de cumplir los diecisiete años los Reyes, ya no me traían juguetes sino dinero que dejaban en una alta y puntiaguda zapatilla junto a mi cama. Era lo único que me quedó después de una infancia tan corta.

V

Antes los padres no explicaban muchas cosas y menos si éstas implicaban juzgarlos. Por decir, yo creía que solo éramos el Picho, mi hermana y yo.

Un día mi mamá nos echó limón en el cabello, nos peinó con trenzas y nos puso vestidos nuevos para salir solas con mi papá. No teníamos idea de a dónde íbamos.

Llegamos a una casa donde estaba una señora llamada Felisa con un muchacho que se llamaba Daniel que, según entendí, estaba por casarse. Ese muchacho jugó con nosotras y después de un rato mi papá nos dijo que era nuestro hermano y que la señora con la que

estaba era su mamá. No sé muy bien, pero después Daniel también fue a conocer a mi mamá y comenzamos a convivir de vez en cuando. Él era treinta y siete años más grande que yo, chaparro, caminaba con la mirada al piso y las manos en la espalda, su cara era morena, y le gustaba mirar el suelo antes de pisar.

Se casó con una tal Carolina. Nunca pudieron tener hijos. Su casa estaba pintada de gris con blanco y siempre estaba muy ordenada, si cambiábamos algo de lugar la esposa fruncía la cara, era muy sangrona y no le gustaba que visitáramos a nuestro hermano. Su casa era de dos pisos y tenían tres perros schnauzer gigantes, también grises; siempre había cobertores en los sillones y me daba la impresión que nunca entraba el sol.

Desde que conocí a Daniel, cuando iba a la escuela, yo pensaba ¿cuántos de estos niños serán mis hermanos?

Con el tiempo, Daniel se fue haciendo gris como esa casa vieja. Decía que prefería tener perros que batallar con hijos, porque eran más agradecidos y lo hacían muy feliz. A pesar de su afirmación, en su cara y a su alrededor había un dejo de soledad y tristeza que me hacían pensar lo contrario. Y de la adopción ni hablar “no, manita, si los que nacemos de la madre somos como somos, imagínate, los que no sabes ni qué madre los parió, no, por algo suceden las cosas como suceden.”

Mi hermano enfermó de cáncer y lo cuidó Carolina hasta sus últimos días y a ella, que murió de viejita, la cuidó su único sobrino que se llamaba Amado.

Pero la historia que más me sorprendió y que mi mamá me contó cuando cumplí catorce años fue la del Picho. Cuando él nació, mis papás se juntaron, pero no hubo

matrimonio porque mi papá decía que él no era el pendejo que mantendría a mi madre y a algún amante.

Mi hermano se llamaba Luis pero mi hermana le empezó a decir Picho y se le quedó. A los tres años del pequeño, mi papá se lo arrebató a Manuela y lo llevó a vivir con Felisa, ella lo echaba a la calle y no lo llevaba a la escuela. Cuando mi hermano cumplió catorce años, mi papá lo devolvió. De puro gusto mi mamá se compró ropa y zapatos y fue a un estudio a tomarse una foto con su hijo. Durante el tiempo que mi hermano no estuvo en casa, no hubo más bebés pero cuando él regresó, la tranquilidad sentó bien, y antes de cumplir un año en familia, nací yo.

Manuela y su hermana Lupe tuvieron un disgusto muy grande cuando a los diez y nueve años de edad el Picho se casó con la hija de mi tía, con mi prima hermana, a la que todos le decíamos la Pupi. Mi mamá contaba que el sacerdote que los casó puso paja en el piso para que se hincaran, porque solo las bestias copulan entre consanguíneos. Tuvieron tres hijos. Pero a mi prima le gustaba jugar en el casino y seguido perdía el dinero y los muebles de la casa. Así que después de quince años de casados, se divorciaron. La *Pupi* se llevó a la niña y abandonó a los dos hermanos a su suerte en casa de su mamá. Una vecina de mi tía le contó a mi hermano que la mujer dejaba a la niña juntarse con la bola de vagos y que no la cuidaba. Él lloraba por las noches. Pero decía que el mejor lugar de una hija es con su madre. Mi hermano recogió a sus dos hijos y los llevó a la casa de mi papá, pero los corrió un día que me espieron mientras me bañaba. Luego Picho los llevó con Daniel pero se escaparon porque les pegaba mucho. Cuando ya eran adultos se fueron con su hermana Rita que fue adoptada por un locutor de radio y nuevo esposo de la Pupi, él la metió a la farándula y era cantante de un grupo de música tropical.

Cuando Picho cumplió sesenta años enfermó y lo cuidaron los cuatro hijastros que adoptó en segundas nupcias, hijos de una mujer a la que llamábamos La Pinta, porque tenía una enfermedad en la piel, y se estaba decolorando por partes.

VI

Como a los once años terminé la educación básica en el Colegio Francés Hidalgo. Mi mamá quería que siguiera estudiando, pero mi papá le dijo:

— ¿Para qué quieres que la niña vaya a la secundaria? O qué, ¿quieres que sepa por dónde nacen los niños?

— No, Luis, es que la niña tiene que aprender a ganarse la vida de alguna manera. Qué tal y se queda solterona como tus hermanas, veintinueve años y solas.

Y mi mamá me metió a la escuela de comercio, que en esos tiempos era importante; ejercías con orgullo tu carrera.

Terminé de estudiar cuando tenía catorce años, ya casi para cumplir quince. Mi papá ya estaba muy enfermo y se desesperaba mucho más. Se cortaba el cabello muy chiquito porque detestaba que se le enredara y lo poco que dejaba salir ya era totalmente blanco. Caminaba despacio y comenzó a jorobarse.

Por ningún motivo mi padre quería que hiciéramos mi fiesta de quince años, pero mi mamá ahorró mucho y, a pesar de él, me la hizo. Mi vestido era lila, mi color favorito. Me acuerdo que mi mamá me decía:

—No enseñes tu vestido porque te lo van a copiar.

Como era de esperarse, lo enseñé y la muchacha que lo vio lo compró igual pero blanco.

Como yo había pedido unas zapatillas de cristal parecidas a las de la Cenicienta, hice batallar a mi pobre madre hasta que las encontró. No eran de cristal, pero lo parecían. Quería que esa noche fuera mágica. El salón, decorado con festón y flores naturales, olía tan fresco. Se veía tan hermoso. Mi papá un día antes nos avisó que no iría a la fiesta, dijo que esas eran ridiculeces y que no quería verme bailar con nadie. Me sentí terrible, como si divertirse fuera algo muy malo. Pero como todo lo prohibido suele ser delicioso, me divertí mucho. Tuve catorce damas y catorce chambelanes para bailar el vals. Todo parecía un sueño. Bailé la noche entera, estábamos muy contentas mi mamá, mi hermana y yo. Aunque mi mamá al dar las doce de la noche empezó a preocuparse, porque ya era tarde y mi papá estaba solito en casa.

Después de esa fiesta algunas cosas cambiaron. Mi papá no veía bien y se le dificultaba caminar, sin poder vender los cubiertos que hacía en el torno, ya no tenía tanto trabajo. Vivíamos de lo poco que podía hacer. Así que a los quince años empecé a trabajar en la refaccionaria de un amigo de mi hermano, para ayudar con los gastos. Con el tiempo mi hermana fue recepcionista en un hospital, pero ella ganaba muy poco.

Luego entré a trabajar a Resistol, tenía un novio que además de ser mi vecino, era militar, iba todos los martes por mí con su uniforme de gala para ir a bailar al casino del Colegio, era la envidia de mis amigas de la oficina. Pero ese hombre que arrancaba suspiros, desertó del ejército y de mi vida por robarse una provinciana. En ese tiempo ya cumplía yo los veinticuatro años.

VII

La enfermedad de mi padre se fue ensañando con él y su mal carácter se agudizó. Siempre quería ver la comida lista, bien preparada y abundante. Comía mucho y muy rápido.

El miedo que mi madre le tenía era constante. Un día la comida quedó salada. Mi padre la insultó y levantó una silla con la intención de estrellarla en su cabeza. Yo estaba parada en la entrada de la cocina, y miré la silla que casi tocaba el techo, él la sostenía con sus manos temblorosas del color de la ira, no se cansaba de maldecir. Se veía imponente.

Mi madre estaba frente a él, encorvada, sus manos sostenían las tortillas; cerró los ojos para no provocar el golpe con la mirada, apretó los labios, parecía ni siquiera respirar, tenía las rodillas dobladas y la cabeza gacha. Medía un metro con cuarenta centímetros pero se veía como si fuera del tamaño de la mesa.

Mi mirada cayó en la de mi padre, sus ojos lanzaban llamaradas, las venas de su cuello a punto de reventar, sus piernas rígidas y fuertes, parecía que nada las quebraría. El espacio se redujo y en la cocina todo desapareció a su alrededor, solo quedaron nuestros ojos desafiándose. Sobre la mesa había un cuchillo. Sin pensarlo lo tomé, y me coloqué en medio de ellos. Me dejé llevar por el impulso, una lágrima selló mi garganta; un sonido grave y sordo nació en mi pecho y se convirtió en grito, ¡ya basta!, ¡basta! Todo mi cuerpo tembló, el cuchillo pesaba tanto y estaba tan frío, parecía que cargaba con él todo el enojo y la impotencia acumulados por años, no sabía qué hacer. Yo tenía miedo y su mirada era burlona. Bajó la silla, sin perder de vista el cuchillo. Sentí la caricia de mi madre sobre mi brazo amenazante. Mi mano se dobló como flor cansada y el cuchillo cayó.

La sopa, que estaba hirviendo sobre la estufa, lanzaba sonidos, unos encima de otros, confusos como fuertes tambores, eran tan intensos que me aturdieron. La quité de la lumbre. Con un gesto de protección pasé un brazo por encima del hombro de mi madre. Estaba pálida, fría. Le quité las tortillas y las dejé en la mesa. Mientras caminaba al ritmo de mi madre hacia la sala, con mirada amenazante giré mi cabeza para ver a mi padre. Ya en la sala besé a Manuela que mordía sus labios, con los ojos hechos mar y perdida en sus pensamientos, me miraba. Yo quería mucho a mi padre, pero me dolía más mi mamá. La dejé sentada en el sillón.

Escuché cuando él cayó al piso. Regresé a intentar levantarlo pero no pude moverlo. Los vecinos nos ayudaron a ponerlo sobre la cama, y ahí estuvo hasta que recobró el sentido.

No me habló por mucho tiempo, no podía ni acercarme, ni cuidarlo. Así pasaron dos largos meses. La culpa me perseguía, solo mi hermana y mi madre podían estar a su lado. Mi madre pedía mi perdón pero él movía la cabeza diciendo que no. Como a don Luis no le gustaba estar solo, mi mamá y mi hermana se turnaban en el día para cuidarlo. Picho lo cuidaba en las noches.

Mi padre ya no se levantó, su orgullo estaba herido y lo mantenía amarrado a la cama. ¿Por qué no solo abracé a mi madre o por qué no puse mi cuerpo para que él lo golpeará?, ¿por qué se saló la comida?, ¿por qué era tan malo?, ¿qué hacía mi madre con él?, ¿por qué mi hermana estaba enojada conmigo? Ella no entendía que lo hice por nosotras, por nuestra madre.

Mi mamá siempre me había defendido y yo le pagaba enfermando al hombre que ella más quería.

Pero en los días de convalecencia, justo antes de morir, mi padre nos llamó a los dos, a mi madre y a mí, y nos pidió perdón. Le dije que él era el que tenía que perdonarnos por no entenderlo.

Después de que cumplí veintidós años, el treinta y uno de agosto de mil novecientos sesenta y tres, murió mi padre. El Picho, que ya estaba casado y vivía lejos, acompañó a mi madre. El trabajo me impidió estar ese día en casa. A partir de ese momento me convertí junto con mi hermana, en el único sostén de nuestra madre. Los días fueron tranquilos, los reclamos gritos y quejidos desaparecieron. Pero en la mirada de mi hermana podía leer el rencor y el odio de la consentida. En los ojos de mi madre veía el agradecimiento pero también el miedo a la soledad y el reproche por la muerte de mi padre. Ella murió catorce años después cuando tenía setenta y dos años, la misma edad que tenía él al morir.

Me casé al cumplir los veintiocho años con un obrero destacado que con la experiencia se convirtió en un empresario prominente y vivimos en un pueblo llamado Santa Clara. Mi hermana se casó dos años después de mí, y su esposo, que era Físico Matemático, la llevó a vivir a Acueducto de Guadalupe. Cuando murió mi mamá, dejó un testamento, desheredó a Picho, y me nombró albacea para repartir sus bienes en partes iguales entre mi hermana y yo.

La casa de mis padres se rentó por un tiempo, pero luego mi hermana necesitó dinero y exigió su herencia. Para no ser injusta, vendí la casa y repartí las ganancias entre

los tres. Con mi parte ayudé a mi esposo a construir una casa nueva, dónde vivimos con nuestros dos hijos por muchos años.

Mi hermana enfermó de cáncer en la matriz, la cuidó una enfermera que pagaron sus dos hijos. Ella tenía sesenta y ocho años cuando murió.

Soy la única hija sobreviviente de Don Luis. Enterré a mis padres y a mis hermanos. Los hijos de Picho no han regresado. La casa de mis padres es ahora un Oxxo y su alrededor está lleno de vecindades.

Las vías están ahí pero encerradas entre el pavimento, el tren pasa una vez al día, solo algunos días. Los renacuajos ya no encontraron lugar en la ciudad y yo tampoco.

Siempre fui la ilegítima de mi padre, la hija de Manuela, la hermana de mis hermanos, la ciudadina exiliada en el pueblo de mi esposo.

Ahora soy lo que queda, la cuarta parte de la herencia genética, la desconocida de mis sobrinos. La madre y la abuela, la que queda al frente de la fila.

Memorias sobre rieles

I

Mi nombre es Abel Rafael y era el favorito de mi padre. Tuve seis hermanas mayores que yo. Él era un hombre chaparrito, moreno claro, con ojos grandes y seguros, labios gruesos y manos fuertes y callosas, usaba un bigote bien delineado, y siempre traía un overol lustroso de grasa. Al saludarlo le besábamos la mano, siempre olía a aceite quemado, a fierros viejos, a ropa sucia y a trabajo duro. Desde muy joven, trabajó en Ferrocarriles Nacionales de México.

A pesar de que lo veíamos muy poco, cuando estaba cerca de la casa comía con nosotros, y yo no me despegaba de él. Un domingo mi mamá nos dio el desayuno favorito de mi papá, huevos con tocino, mientras todos comíamos, él me prometió que cuando yo fuera grande me enseñaría a manejar el tren.

Otras veces caminábamos por la calle, él me jalaba de la mano, íbamos a la peluquería, yo tenía como cinco años, y colgaba de su diestra, de tal modo que casi iba de puntitas, y con mi otra mano sostenía el pantalón que me quedaba grande. Mi mamá, desde la puerta, se reía a carcajadas. Yo sentía que se me veía la trusa y agarraba muy fuerte mi ropa.

Mi papá era maquinista y manejaba su tren por todo el país, conoció todos los rincones, nos contó de los paisajes más hermosos de cada Estado de la República. Decía que cuando manejaba por la selva, las vías del tren se perdían con facilidad en medio de la vegetación, y su máquina poderosa rompía los arbustos tiernos que estorbaran a su paso.

Y otros días, en paisajes desérticos, el calor de la arena le rebotaba en la cara. La sequedad de la boca le abrazaba la lengua, y él pensaba que la vía serpenteante se iba a enterrar en un mundo oculto bajo las dunas de arena. Sus recuerdos estaban repletos de hermosas imágenes.

Pero mi padre no sólo era conductor, su trabajo era importante, debía estar al pendiente de todo; del paisaje, de la vía, de los pasajeros y sobre todo, tenía que cuidar el ruido monótono y ensordecedor de la enorme bestia, toneladas de metal a velocidades imparables. Cualquier cambio en el sonido y en el constante girar de los discos metálicos, podía indicar desde una pequeña falla, hasta un problema irremediable. De mi padre dependía la vida de sus pasajeros.

Creo que no me parezco a él. Más bien es a mi madre con quien tengo parecido.

El dinero no faltó en casa, los tiempos eran generosos, y las cosas mejoraron, aún más, cuando él fue líder sindical. Ya no salía fuera de la ciudad y ganaba mucho más, hasta su forma de vestir cambió, tenía que usar ropa de oficina, con saco y corbata. De hecho, en ese lapso se hizo amigo de un diputado, del que no recuerdo el nombre.

Cuando mi papá iba a sus juntas, yo tenía como diez años, lo esperaba afuera jugando rayuela con el hijo del bolero. Cuando salía nos íbamos a comer a un restaurante muy bonito, con su amigo. Según ellos eran compadres, nunca entendí por qué, no era padrino mío ni de ninguna de mis hermanas. Pero el trato era cariñoso, casi fraterno, lo vi en mi casa más veces que a mis tíos.

Creo que lo más difícil para mis papás fue cuando yo estaba en la secundaria. Algo que me gustaba era volarme las clases y tomar “tonaya”, era un licor que se me subía muy pronto.

La secundaria estaba en un cerro y los salones tenían una especie de sótano, ahí nos emborrachábamos. Algunos fumaban tabaco, o marihuana; yo prefería estar con las niñas, el sexo era algo que acababa de descubrir, y me parecía fantástico, creo que las mujeres se convirtieron en mi debilidad. Mi mamá conoció la secundaria muy bien, porque mis maestros le llamaban constantemente para darle las quejas. En una ocasión hasta tomó clase conmigo.

A los diecisiete años, recién llegado a la prepa, embaracé a una compañera de la escuela, y mis padres, que eran muy católicos, nos casaron en la Iglesia del pueblo. La fiesta fue en un salón que le prestaron a mi papá, era el que ocupaban los del sindicato para sus juntas. Hubo mucha bebida, comida y música.

La vida cambió drásticamente durante ese año, ambos, mi esposa y yo, dejamos la escuela; ella le ayudaba a mi mamá en la casa, haciendo mandados y cocinando. Yo también ayudaba, pero hacía cosas de hombres como pintar, arreglar la azotea, arreglar las ventanas y en general mantener la casa en buenas condiciones. Durante ese tiempo mi papá nos daba el sustento. Nació mi hijo y eso me hizo muy feliz. Cumplí los dieciocho años y mi papá me dijo:

—¿Qué piensas hacer? ¿trabajar o seguir de mantenido?

Mi padre era un hombre rígido, de pocas palabras.

Yo quería ser independiente, comprarle a mi hijo lo que a mí y a mi esposa nos gustaba y no lo que mis padres decían. Creo que yo quería ser un hombre responsable, con decisiones y errores. Y la única forma de lograrlo era tener mis propios ingresos. Decidí trabajar. Aunque no sabía dónde ni de qué.

—Pues en mi trabajo la chamba ya no está buena, ya casi no hay trenes, pero le voy a pedir a mi compadre que te eche la mano.— Dijo mi papá.

Una semana después, llegó de las oficinas del sindicato y mandó a traer una cerveza, siempre que llegaba tarde hacía lo mismo. Nos comentaba que la cerveza lo ayudaba para una mejor digestión y que si la tomaba era por puro remedio.

—Dice mi compadre que tiene tres opciones de trabajo para ti: en Telmex, en Luz y Fuerza del Centro, y en el Metro. Tienes que pensarlo. Me comentas mañana lo que decidiste y me das tus papeles para hacer los trámites.

II

No contemplé ninguna otra opción, creo que mi mente se concentró en la oportunidad de trabajar en el Metro. Era la mejor idea, lo más moderno y una gran oportunidad. En ese tiempo ya habían pasado como seis años de la inauguración de la línea tres, que quedaba cerca de la casa, y creí que era un proyecto que daría para mucho. Yo veía al metro como la nueva expectativa ferroviaria, como un gran paso al futuro. Además, era un trabajo en el gobierno, y eso quería decir que trabajaría por muchos años, tendría todas las prestaciones de ley; casa, vacaciones dos veces al año y préstamos; era casi imposible que me corrieran. Pero lo más importante conduciría una de esas máquinas modernas con energía eléctrica, llevando a miles de pasajeros por túneles oscuros y misteriosos, que movían a la ciudad desde el inframundo.

Entregué mis papeles y a los ocho días ya tenía el trabajo de mis sueños. Entre todos los amigos que nos juntábamos en el billar, yo tenía el mejor empleo. Además estaba en la ruta más cercana a mi casa, la de Indios Verdes - Universidad. Con un traje para cada día de la semana, los sacos tenían en la solapa izquierda, del tamaño de una uña, el logotipo

del metro. Era pequeño pero muy representativo, y cuando caminaba por los andenes o dentro de los trenes la gente me miraba con respeto. Sobre todo las damas.

Tenía todo lo que necesitaba, un buen salario, un tren a mi cargo, amigos, admiración, y tiempo libre. Así me convertí en un padre de familia responsable y con dinero.

A cada quien le asignan una máquina, esa es su responsabilidad y los desperfectos se investigan, si alguno es por culpa del chofer, éste lo tiene que pagar. Pero eso no pasa, porque los carros se descomponen por el uso y los gastos corren por parte del metro. Bueno las refacciones se compran a una empresa española y se ensamblan en México. Eso es en teoría porque en la práctica, lo que hacemos es dismantelar un carro que ya no es funcional y con las piezas útiles reparar otro.

Cuando hay trenes esperando salir, tienes que formarte y esperar. En ocasiones, esperamos hasta tres horas. Como es tedioso aguardar en el mismo sitio durante tanto tiempo, nos salimos a comer o a tomar un refresco, supuestamente a escondidas, es como un secreto a voces. En ocasiones los compañeros nos llamamos por teléfono y nos avisamos para prever nuestro próximo turno y así evitar que nos castiguen.

No, no podemos tomar licor. Es muy penado. La empresa es generosa con nosotros y nos hace revisiones todos los días. Cuando encuentran a un compañero con aliento alcohólico de forma consecutiva, lo mandan a rehabilitación por tres años con la mitad de su salario, y luego regresa a su trabajo de forma habitual, o lo hacen renunciar. Pero uno escoge; la mayoría se va a rehabilitación.

En este trabajo hay que tener los cinco sentidos puestos en el tren, los controles son sumamente sensibles, y tienes que estar al pendiente. Por ejemplo:

Si te equivocas en la orientación de las puertas, es decir que abras las izquierdas en lugar de las derechas, además de provocar un accidente, te descansan ocho días sin salario. Y ganas las burlas de los compañeros operadores.

La agresividad y la violencia se viven en los detalles más insignificantes. Por ir cómodos, hay quienes se pelean a puñetazos. Sí, se golpean sólo por un asiento.

Los aromas; aquí he aprendido que no hay animal que huela peor que un ser humano.

Y los romances; el metro se ha convertido en el lugar favorito de los homosexuales y lesbianas, hay mucha libertad, todo el mundo se besuquea y los policías no le dicen nada a nadie. Los amantes “normales” casados o no, pues te acostumbras a verlos. Pero ¿cómo le explico a mis hijos, los besos entre gente del mismo sexo? El descaro es tal, que los jotos buscan tener encuentros muy cercanos en un vagón preferido. En el último, el más alejado del conductor, donde pasan cosas muy atrevidas.

No obstante los inconvenientes, éste es un trabajo que le enriquece la vida a quien sea.

En cuanto a la política... no me gusta, creo que hay que invertir mucho tiempo y no estoy seguro que me convenga. Eso lo dejo para nuestros líderes. En ese aspecto nosotros estamos muy bien, creo que somos el único sindicato honesto en el país. Verás, nuestros líderes ganan lo mismo que nosotros y viven modestamente como todos los empleados.

Por ningún motivo creo en esos comentarios que salieron, la semana pasada en “Proceso”. Esa revista está comprada por los rojillos, los de oposición, y que solo quieren perjudicarnos. Creo que antes de lanzar una acusación contra quien sea hay que conocer las dos versiones.

Las taquilleras solo hacen escándalo; son puras mujeres con vejigas pequeñas y que siempre quieren perder el tiempo. Acusan a los jefes de cosas inciertas, por ejemplo, el acoso sexual es muy difícil de comprobar, y ya las viste, siempre están con sus carcajadas, hablando de hombres, provocando a los superiores. Hay que investigar hasta lo último. En eso tenía razón mi madre, las mujeres están mejor con los hijos y en la cocina.

Mi mamá, antes de que mi padre entrara al sindicato, vendía fruta junto a una escuela, en el zaguán de la casa. Era muy alta y cariñosa. Después ya solo se dedicó a atender a mi papá y a cuidarnos, pedía permiso para todo. Hace unos meses le detectaron “Alzheimer”. Nos dimos cuenta cuando en una ocasión salió a visitar a mi tía, a un departamento que acababa de remodelar, era un poco lejos de la casa, y nunca llegó, mi tía nos habló y tuvimos que ir a buscarla, tardamos como tres horas en localizarla. Ese día la llevamos al doctor y la diagnosticaron, y ahora no puede hacer muchas cosas, ni estar sola.

III

Aquí había muchos rumores de fantasmas. El último tren sale a la una de la mañana, para ser guardado en bodegas. Decían los compañeros que esa era la hora de los espantos.

En el tiempo que estuve de limpia-vía, no me tocó nada de eso, pero en una ocasión, cuando ya era conductor, las condiciones del clima se pusieron raras. El cielo parecía una masa blancuzca, la luna se asomaba tímidamente, y el frío mordía la piel. Los choferes del último turno, con guantes, abrigos y bufandas, estábamos tomando cafecito, alrededor de una fogata que hicimos en un tambo del patio. Ya hasta lo habíamos acondicionado, encima

le pusimos una rejilla que sostenía una olla de barro cubierta de tizne y que ocupábamos precisamente para que en las madrugadas frías no nos congeláramos y saciáramos nuestra sed cafetera.

Llevábamos en las manos nuestro jarrito que cuando ya estaba muy frío, lo poníamos a un lado de la olla, para que se calentara.

Desde luego la conversación y las bromas oscilaban entre el trabajo, mujeres, y anécdotas fantasmagóricas.

A veces nos callábamos, pero creo que nadie soportaba el silencio por mucho tiempo, en uno de esos lapsos, vimos venir a un compañero. Se acercó aprisa, venía pálido y casi sin aliento, al llegar se tocó las rodillas con ambas manos y agachó la cabeza. Después se enderezó y, como retomando el aire pidió un café. Le dio un sorbo y dijo:

—¿Quién está allá abajo? ¿ustedes lo mandaron, verdad?

Dio otro sorbo a su café, y entonces le preguntamos:

—¿A quién? ¿Por qué lo dices?

—Abajo hay un compañero que me dijo que yo limpiara la vía de norte a sur, justo a la mitad, y que él lo haría de sur a norte y así terminaríamos más rápido. Quedamos que el último en llegar compraría un tequila para ponerle piquete al café.

Todos lo miramos extrañados, y preguntamos:

—¿Cómo era? ¿Dónde lo viste?

—Después de que empecé a limpiar la vía, lo encontré.

Y mi compañero nos contó lo que había pasado:

Allá abajo es muy oscuro, y el silencio es peculiar, se escucha el viento y las colas de las ratas que pegan entre la basura.

El túnel enmudece como preparándose para escuchar y se siente una ráfaga de calma y miedo, yo estoy pensativo y recojo mi basura con tranquilidad, de repente, lo veo, él está a un lado mío, no sé de dónde salió, ni en qué tramo nos encontramos. Pero supongo que estamos cerca de un respiradero porque hace frío.

A pesar de la oscuridad, lo veo bien, mis ojos se adaptan ya para lo nocturno, mi lámpara no enciende, ni siquiera lo alumbro, pero lo veo, es alto, robusto, casi gordo, sus labios delgados, y su cara ovalada, sus ojos grandes, negros y profundos. Se acerca a mí, decidido, con paso retumbante. Siento su presencia, es como un roce tan frío como el acero de los durmientes. Me sorprende entonces su voz, yo sé lo que desea antes de que hable, su palabra es reconocida, no sé de dónde, pero parece venir de donde siempre, como un recuerdo que busca salida, como un recuerdo que indaga en el presente. El túnel empieza a sentirse helado, él trae un suéter negro de cuello alto, y un overol de mezclilla con una bolsita enfrente, y en su cabeza tiene un gran sombrero de paja. Al verlo me di cuenta, que a pesar del frío, no salía vaho de su boca, que su piel es casi azul, y que en sus ojos no hay nada de color blanco.

—No mames, ¿no te dio miedo?

—¿Cómo no? casi me orino, y por eso salí corriendo, a punto del infarto. Si fue broma fue muy buena.

—Nosotros somos todos los choferes que hay, y el único limpiador eres tú, ninguno te jugamos una broma así.

El chofer más viejo, lo escuchó con atención, y dijo:

—Tengo entendido que cuando construyeron el último tramo de la línea tres, trajeron las vías de Monterrey, que el tráiler que las vino a descargar soltó a destiempo la

última amarra. Uno de los que ayudaban a la maniobra estaba a un lado del camión y lo aplastaron los fierros. Su cabeza quedó destrozada y precisamente traía un sombrero de paja. La constructora no tenía seguros de vida o no quería pagarlos y lo enterraron bajo las vías, para evitar complicaciones legales. He escuchado muchos rumores, y lo describen como tú lo acabas de describir

El compañero tomó su cara con ambas manos, como si se quitara una telaraña, deslizó la gorra de su cabeza, y la dejó caer sobre la banqueteta.

—¿No es broma?

El silencio nos hizo uno solo. Estábamos expectantes. Él tomó su gorra y su jarro de café bien caliente y ya no habló en toda la noche. Se sentó en una banquetilla cercana. Y nunca volvió a tocar el tema.

Otro de los compañeros nos contó que algunos choferes doblaban turnos, como no alcanzaban a ir a su casa, se dormían en las bancas que había en los andenes. El problema era que despertaban en el piso, y no habían sentido que los bajarán. Tenían pesadillas, mujeres que los tocaban y los lastimaban, hombres que los perseguían. Ahora hasta quitaron los asientos, y nadie duerme en las estaciones.

Un día llegó un reportero de TV Azteca e hizo una investigación de una niña fantasma. Ella aparecía en los túneles con una pelota. Era impresionante según cuentan. La niña aventaba la pelota a la persona que la viera y al acercarse y llegar a darle la pelota, ella no tenía pies. Cuando mirabas de nuevo su cara se desvanecía delante de ti, como un montón de partículas de polvo.

Los de la televisora la vieron y constataron la historia, sintieron lástima de ella y le dejaron una muñeca en un freno de arena que estaba justo dónde yo dejaba mi tren.

Deseando el descanso eterno de estas almas en pena, los compañeros se organizaron y mandaron hacer misas en los túneles, el sacerdote accedió y las realizaron cada ocho días durante un año. Las cosas se calmaron, ya no hubo aparecidos, ni cosas raras.

IV

Cuando entré me dieron un curso. Cada día explicaron los procedimientos que se deben seguir para diferentes situaciones. Un día hubo uno muy peculiar, referente a lo que hay que hacer cuando las personas mueren aquí. El instructor les decía los arrollados; yo pensé ¿por qué llamarlos así? Podrían ser suicidas, pero no, porque algunos caen por accidente, no todos tienen la intención de quitarse la vida.

Nombrar las cosas como son es una forma de reconocerlas, y la palabra “arrollados” no pone culpa ni responsabilidad alguna en los choferes o en los usuarios, entonces entendí el porqué de llamarlos así y creí que era un buen nombre para los suicidas, asesinados y accidentados. Para muestra un botón, bueno, tres botones.

Una vez, una señora estaba en el andén de la estación Etiopía, traía un niño; la señora era joven, como de unos treinta años, traía una falda negra, recta a la rodilla, una trenza que caía del lado derecho de su cara, una playera muy deteriorada y una bolsa de malla, de esas para el mandado. El niño, como de dos años, traía un pantaloncito de mezclilla y tenis de tela, con una mochilita en la espalda. Estaban parados en el andén a la salida del túnel. Del lado por donde entra el metro, ella se mordía el labio inferior y sus ojos estaban llorosos. Caminaba de un lado al otro, miraba con insistencia hacia la profundidad del túnel. Con una mano agarraba al niño y la bolsa, y, con la otra se metía los dedos entre el cabello y lo jalaba desde la raíz. No dejaba de llorar. El niño la veía desconcertado, caminaba junto a ella. Su manita estaba roja por los apretones que le daba. Un usuario la detectó y dio aviso al policía que estaba en los torniquetes. Al ver al oficial acercarse, el

niño empezó a llorar, el hombre se acercó, lo cargó y le prestó su gorra, y el niño se tranquilizó. El jefe de estación habló con la mujer. Creo que los canalizaron a una dependencia del DIF.

Otro día, estábamos platicando varios compañeros en las escaleras de la estación Tlatelolco, junto a las taquillas y llegó un anciano; era no muy alto, delgado, sus pómulos estaban muy salidos, ya casi no tenía pelo y el poco que le quedaba se veía opaco y rebelde. Sus labios eran casi morados y contrastaban con lo blanco de su piel. Traía una playera vieja y sucia, un pantalón negro de vestir, y unos zapatos de goma. Caminaba lento, arrastraba los pies. Tenía unos cuantos dientes. Casi arrebatando el aire, con gran fuerza para no mostrar el llanto, nos preguntó:

—¿Cómo hace uno para suicidarse aquí?

—¿Qué?

—Sí, es que yo estoy solo, mis hijos se fueron, no tengo trabajo, nadie me ayuda y estoy muy enfermo, ya no sé qué hacer.

Durante largo rato hablamos todos con él; que la vida era hermosa, que pensara las cosas, que todo saldría bien, que se comunicara más con sus hijos para que le dieran dinero y lo llevaran al doctor. A todo nos dijo que sí. Creímos que lo habíamos convencido. Pero ese mismo día nos reportaron a un anciano que se aventó a las vías en la estación Guerrero.

Bueno creo que cuando uno es viejo solo piensa en morirse, a diferencia de cuando se es joven y ni se imagina la muerte. Uno cree en el futuro como algo que pasará sin interrupciones.

Pero no siempre es así. Un accidente, o un mal encuentro y la huesuda viene a ti incluso en el momento menos pensado.

En otra ocasión, unos muchachos que parecían de la prepa, subieron en la estación Potrero. Venían cotorreando y jugando. Yo manejaba, eran como las dos de la tarde. Una de las chicas que iba con ellos, decidió separarse del grupo porque los vagones de caballeros estaban muy llenos y el vagón de damas iba más vacío. Sus amigos le gritaron que no los dejara, que se fuera con ellos, pero ella siguió su camino y se fue del lado de las damas. Los chavos traían un escándalo, ya te imaginarás. Los vagones estaban atascados de personas, el calor era insoportable. Los aromas: entre perfumes, sobacos, y otros menos agradables. Y estos chamacos con su ruido. Yo quería bajarme a pedirle a la chica que se fuera con ellos.

Parece que iban hasta CU, eso ya no lo supe nunca. En la estación Juárez la chica decidió bajarse, pero ella pensó que perdería mucho tiempo si le daba la vuelta a la mariposa, -la mariposa es esa tabla de madera pintada de anaranjado, que ponen los de vigilancia, para separar a los hombres de las mujeres- entonces ella, dando la espalda al tren, se agarró de la madera y trató de pasar al otro lado con sus amigos, pero no pudo controlar el peso de su cuerpo, resbaló entre los dos vagones, y cayó entre los durmientes de las vías. Los amigos presionaron la palanca de emergencia y el tren no avanzó. Hasta ahí todo bien, pero antes de que yo llegara para evaluar el problema y cortar la corriente, o continuar, los amigos de la niña le dijeron que saliera y le ofrecieron ayuda.

Cuando llegué la muchacha tenía un pie en la barra de electricidad y el otro en el durmiente de metal. La descarga eléctrica era tan alta, que ella se contorsionaba, sus ojos estaban en blanco y abría la boca tratando de gritar. En el fondo de su garganta se veían las llamas de electricidad que la quemaban. Sus compañeros desesperados pedían ayuda, al ver eso me regresé a pedir el corte de corriente. Mientras corría al teléfono de servicio, sentí que cada paso que daba me llevaba al mismo sitio y que el piso era como una gelatina,

temblorosa y resbaladiza. Llegué demasiado tarde, cuando cortaron la energía eléctrica la niña ya estaba muerta. El cuerpo que convulsionaba, cayó al piso, la electricidad había entrado por su pie izquierdo, que estaba calcinado y salió por su mano derecha que estalló, solo colgaban de su brazo los trozos de carne negra y sanguinolenta. El aroma era insoportable, olía a carne y a cabello quemados.

Todos se amontonaban para ver y luego salir corriendo con la nariz tapada. Algunos vomitaron en el pasillo. Sus amigos lloraron mucho y se abrazaron entre sí, esperaron hasta que llegó la mamá de la niña, fue algo triste porque era madre soltera y solo tenía a su hija. Nosotros, mientras tanto, desalojamos a todos.

Recuerdo que un domingo, yo estaba crudísimo, me sentía muy mal, y ya era tarde, como las cinco. Iba en mi tren en dirección a Indios Verdes, y de repente, vi el tren de un amigo detenido en la estación La Raza. Estaba a mitad del andén, es decir, él no había llegado al final del pasillo para bajar al pasaje. Me pareció muy raro.

Detuve mi tren con mi cabina junto a la suya para caminar hasta donde él estaba. Cuando lo vi, lo llamé por su nombre, pero él tenía la mirada perdida hacia el frente. Se veía pálido, sus manos sujetaban los controles como si fuera manejando, parecía que no me escuchaba.

Puse mi mano derecha sobre su mano izquierda, sorprendido por mi presencia, me dijo —¿Qué pasa?

—Ricardo ¿Estás bien?

En ese momento escuché en el andén a una mujer muy angustiada, que asomándose por la ventana de la cabina me dijo:

—Hay un hombre abajo del tren, lo atropelló, ahí sigue y él chofer no se mueve.

Los pasajeros estaban encerrados e inquietos.

Llamé al policía de estación, y nos apoyó para bajar a los pasajeros. Abrimos las puertas entre los vagones y pedimos a los usuarios que bajaran en orden por el segundo furgón.

Me regresé a mi tren y bajé a mis pasajeros, en unos minutos la estación quedó vacía.

Llevé a mi amigo Ricardo a una sala interna.

Yo no sabía qué hacer para ayudarlo. Él se movía sin pensar, acataba mis órdenes y parecía no mirarme. Yo le decía trata de concentrarte, ¿me escuchas? Vamos a la sala a tomar café, no te preocupes, todo está bien.

Él me veía como si mi voz fuera muy lejana, se movía por inercia, y en sus ojos podía notar el desconcierto: y lo sé porque recuerdo la primera vez que fui a esa sala por la misma situación. Nunca lo olvidaré:

Todo era muy lento. Al llegar se escuchaba una melodía de los años cincuenta, no recuerdo cuál era, y el aroma a humedad entró en mi nariz como el soplo natural del tiempo. Un encargado de limpieza me miraba, apoyó su pie derecho en el piso, suspendió el izquierdo, que después apoyó y luego suspendió el derecho, así continuó su camino hasta que llegó a una esquina del cuarto. Tomó un asiento por el respaldo, colocó sus cuatro dedos uno por uno en el reverso, y con gran destreza el dedo pulgar quedó en el anverso, levantó las patas traseras de la silla, pero las de adelante no, esas se arrastraron por la sala, se oyó como si se clavaran cuchillos en el piso, se dibujaron dos delgadas líneas paralelas y blancas, el lugar, de cemento en bruto, guardaría en el recuerdo esas líneas que parecían las vías de mi tren.

En otro extremo del cuarto sobre una mesita blanca estaba una franela gris y encima, una cafetera y cuatro vasos de unicel colocados boca abajo. En medio una plancha de metal, que hace de mesa, sobre dos pequeñas bardas de cemento.

El hombre, con su uniforme azul marino, que había estado conmigo y me dio la silla, de repente ya estaba en la esquina, junto a la mesa del café, tomó un vaso con ligereza, y le vació un poco de café caliente. Caminó de nuevo, al llegar frente a mí tomó mi mano, delante de mis ojos, y sin yo ordenarlo, se abrió cada uno de mis dedos, después presionaron el vaso con sumo cuidado, no entendía el por qué ese hombre me tocó con su mano rechoncha y húmeda, rodeó mi mano y junto con el vaso, los llevó cerca de mi boca. Me di cuenta que no había hablado, ya hacía rato, mi aliento era pestilente y mi sabor era amargo, recorrí mis dientes con mi lengua rasposa y seca como una lija, di el sorbo al café y lo primero que se me vino a la mente fue decir:

—Lo atropellé sin azúcar.

El hombre de la limpieza comprendió la incoherencia de mis palabras, soltó mi mano, tocó mi hombro, y me dijo;

—Él se aventó, jefe, ya no se mortifique.

La situación se repitió, yo no podía dejar de recordar, era el mismo escenario, pero ahora mi amigo era el protagonista. Después de dejar a Ricardo, también en el salón, con un compañero de intendencia, pedí el corte de corriente, fui a mi tren y saqué una lámpara y un tubo. Bajé a las vías.

Todos los trenes tienen enfrente, en la parte de abajo de la cabina, un tubo de ángulo cuadrado, de calibre muy grueso. Se llama limpia-vía, del mismo modo que nos dicen a nosotros cuando entramos a trabajar aquí y tenemos la misma función de ese tubo, quitar de

la vía todo aquello que pueda descarrilar el tren. Cuando un cuerpo cae, es golpeado con todo el peso de la máquina, de tal modo que es retirado bruscamente. Es imposible que alguien sobreviva ante el impacto, aunque la velocidad no sea mucha,

Alumbré el cuerpo que estaba debajo del tren e hice la pregunta de rutina:

— ¿Cómo está usted?

El hombre, lanzó un quejido lastimoso, giró su cabeza y trató de mirarme. La luz de la lámpara le iluminó la cara, tenía sangre en la boca y contestó, estoy bien sólo me duelen un poco las piernas.

Yo estaba asustado y sorprendido de que el hombre estuviera vivo.

Él estaba acostado boca abajo y a los lados de la cabeza se encontraban sus pies, uno con un zapato y el otro descalzo. Los talones casi tocaban el piso junto a sus orejas, y su portafolio estaba tirado a un lado, junto a su mano derecha cercenada por la máquina. Oía a una mezcla de sangre y loción de maderas. Lo recuerdo porque era la misma loción que usaba mi padre.

Llamé a los paramédicos, que tardaron en llegar como veinte minutos. Mientras, le pregunté su nombre, teléfono y a quién le podía avisar para que viniera a acompañarlo. Apunté sus datos y llamamos a la esposa. El policía y yo nos mirábamos con optimismo, el señor estaba vivo, y eso no pasaba. Guardamos su mano en hielo, no le dijimos que se había desprendido, pero sí que estaba herido y que sangraba, y que le pondríamos un trapo para detener la hemorragia. Le pusimos un torniquete y el hombre muy valiente aguantó todo ese rato sin quejarse.

Cuando llegaron los de la Cruz Roja les pasamos el reporte. Les dijimos que estaba vivo. Uno de los paramédicos que miraba las vías con atención levantó la cara, me miró y movió la cabeza de un lado a otro, borró de mi cara el optimismo y comentó:

—Por favor, mueva el tren con mucho cuidado.

Los paramédicos le avisaron al herido:

—Vamos a mover el tren, si siente dolor avísenos, ¿nos escuchó?

—Gracias a Dios.—Dijo el hombre y comenzó a llorar.

—Cálmese, lo ayudaremos, no se altere, su corazón puede fallar.

Todos nos subimos al andén para que instalaran la corriente. Con mucho cuidado moví el tren de reversa, y traté de escuchar con atención, pero el hombre no se quejó, todos miraban las vías para avisarme cuando se asomara el cuerpo. Los paramédicos daban instrucciones:

— Señor, baje la cabeza lo más que pueda.

El tren dejó ver en un charco de sangre al hombre doblado de espalda, y sin su mano derecha. Pero vivo. Pedí el corte de corriente y los paramédicos bajaron con una camilla, el hombre no sentía su cuerpo, lo desdoblaron con cuidado y lo colocaron en la armazón. Presionaron su dedo gordo del pie derecho con una punta. El hombre no dijo nada, ni siquiera se dio cuenta que le faltaba su mano. Los rescatistas limpiaron su cara, salpicada de sangre, y lo sacaron.

El jefe de estación estaba con Ricardo, a quién se llevó minutos antes, a tomar el aire fresco. Así que llevaron al arrollado al salón de café y lo pusieron cómodo sobre la plancha de acero que estaba en el centro de la sala.

—Lo vamos a estabilizar para llevarlo al hospital.

Los paramédicos estaban haciendo tiempo para que llegara su esposa a despedirse, al hombre le quedaban minutos de vida.

Sentimos una inmensa tristeza cuando vimos que la esposa estaba embarazada. Después de un rato de hablar con ella, el hombre quedó ciego y luego murió.

En las vías, el hombre de la limpieza vació una cubeta de aceite quemado encima de la sangre, para que no se apestara y ni se agusanara.

Sacaron el cuerpo y la mano envueltos en una bolsa negra. Abracé a la viuda, que no paraba de llorar, y la acompañé hasta la ambulancia, la llevaron junto con su esposo al SEMEFO de la delegación Gustavo A. Madero.

Ricardo descansó tres días como es de ley en el metro.

Pedí el video para ver lo que había pasado.

El hombre al bajar las escaleras estaba muy mareado y no pudo detenerse, al mismo tiempo que cayó en la vía pasó el tren de mi amigo y lo arrolló. Fue un accidente. No iba muy rápido, por eso no lo mató de forma inmediata.

La empresa nos da tres días de descanso para recuperarnos por un arrollado. Las cosas son raras, algunos parece que vacacionan y salen a pasear con sus familias, que ignoran todo. Otros simplemente descansan y no salen de casa. Otros agarran la jarra. En realidad todos aprendemos a vivir con ello de formas distintas.

V

Mi padre fue un hombre fuerte, la vida le dio la oportunidad de ganar mucho dinero y la aprovechó al máximo pero lejos de nosotros. El alcohol y las mujeres fueron su debilidad. Para mi madre no hubo mejor hombre en el mundo, aunque nos dice que él nunca estuvo con ella en los momentos más complicados. Ella contaba, en un tono de orgullo mal entendido, que todas sus hijas, al nacer solo veían el rostro materno, por

cuarenta días mi padre se iba y no sabían nada de él. Cuando llegaba a casa, traía ropa nueva, regalos y un montón de anécdotas para sus hijas. Fue hasta que nació yo que le dijo a mi madre, que era necesario que el niño viera una cara masculina, para que se enseñara a ser hombre. Pero no aguantó mucho y dice mi mamá que a los quince días se fue al mundo, que era mucho macho para ella sola.

Se jubiló a los setenta años, caminaba con dificultad pero aun así viajaba con sus amigos, y mi mamá siempre lo estaba esperando. Cuando era la hora de la comida nadie podía ocupar la cabecera de la mesa, para mi madre era como un templo, un lugar de veneración que nadie debía profanar. Y cuando ella tenía que tomar una decisión importante siempre preguntaba ¿qué haría su padre en este momento?

La imagen que yo tenía de mi padre era tan grande que cuando él llegaba a casa me parecía que era otro hombre, diferente al de la silla que respetábamos tanto en la mesa.

Él nunca estuvo mucho tiempo en un solo sitio, ni siquiera para morir. Un día sintió un dolor muy fuerte en el costado, lo llevamos al hospital, le diagnosticaron cirrosis en etapa terminal y una semana después murió.

Yo me quiero jubilar a los sesenta años y disfrutar a mi familia en calma. Mi padre y yo vivimos muchas cosas sobre los rieles y vimos panoramas diferentes, pero el destino fue el mismo.

Efigenia

Todo empezó cuando ella llegó a trabajar a la estación del metro, con su cabello largo, tupido, negro y lacio. La primera vez que la vi, estaba sentada en una banqueta mirando cómo trasladaban las estatuas de los Indios Verdes.

Antes se encontraban, gloriosos, en un camellón sobre Insurgentes Norte, ahora viajaban como héroes olvidados a la parte trasera del paradero de los camiones, en un parquecillo, donde quedarían escondidos. Pienso que ella en el caos urbano, se parecía a ellos.

Recuerdo que la vi vender paletas entre los camioneros y el pasaje. Ella no era como todas las viejas que llegaban con doña *Pecas*. Las otras eran grandes, con sus años y ya corriditas, siempre vestidas como zorras. Ella, en cambio, se veía bien nuevita, su falda era

amplia, de satín verde agua, plisada. El aire jugueteaba con sus piernas y yo podía imaginar la frescura de sus partes. Su blusa era blanca con encaje en el cuello y ceñida debajo de las chichis. Amarraba con un listón su pelo, que le caía en la espalda como una cascada de agua lenta. Cuando giraba su cabeza no se desacomodaba ni un pelito. Su piel era oscura, olía a limpio, casi no hablaba, era una india hecha y derecha y como a todos los indios, a ella también le espantaba la ciudad.

Casi nunca la oíamos hablar, pero cuando llegaba a decir algo se escuchaba su acento de la sierra. Ella era como un secreto permanente que pedía ser revelado. Usaba chancas de plástico y caminaba rapidito, se llamaba Efigenia.

A la hora que no había tanta gente en el camión, me iba a comer a una *lonchata* que está en las orillas del paradero. Me gustaba porque me daban consomé y tortillitas calientitas. Siempre pedía doble guisado. A un lado estaba la paletería de doña *Pecas*. Le apodaron así a la dueña, porque en sus buenos tiempos fue la puta con más trabajo: ¿*Pecas?*, le decíamos y nos contestaba, hasta en las nalgas.

Terminando de comer, me echaba una paletita de uva, y platicaba con la dueña, ya era rutina. Pero el día que vi llegar a Efigenia y pedir su caja de paletas para llevarlas a vender a los camiones, decidí que era mejor esperar mi paleta en el camión y así lo hice. La paleta me estorbaba para manejar, y luego me ensuciaba todo, sin decir que la chamaca sí me la cobraba y doña *Pecas* no, pero prefería comprársela a mi prieta, yo quería verla y olerla lo más cerquita que se pudiera.

Cuando Efigenia subía al camión dejaba su aroma. Qué Fabuloso ni qué Fabuloso, su aroma sí que era la neta. Siempre la esperé para llevarla a su casa, pero nunca lo pude hacer porque vivía con doña *Pecas* y no salía para nada.

Parqueaba en el paradero desde las cinco de la mañana, nomás veía pasar a las viejas y a las chavas, digo pus *pa* que no se enojaran las miraba y les decía piropos a todas, pero, nadie me importaba. Yo esperaba que diera la hora de comer para mirar a Efigenia.

En Indios Verdes siempre pasaba un chingo de gente. Todos llevaban prisa, algunas nenas caminaban con unos tacones que parecían zancos y hasta corrían con ellos; otras se cambiaban adentro en los andenes y salían disque emperifolladas pero con pantuflas.

Cuando varias amigas iban juntas se carcajaban como borrachas y eran re-locas, porque las carcajadas invitaban a que se les mirara, y pues al coqueteo. Pero cuando iban solas y les hablabas, ni te pelaban, bueno algunas sí.

Tenía ya veinte años de ser camionero. Me gustaba traer el camión arregladito, en las mañanas lo lavaba el cacharpo con cepillo. En la primera vuelta le daba cincuenta varotes y yo disparaba el desayuno; a mí me gustaba ser así, porque yo sabía lo que se sentía tener hambre.

Un día, ya en la última vuelta, se acercó a nosotros un *teporochito*. El señor temblaba de frío, traía una playerita muy delgada. Nos dijo que si le dábamos *pa* su masmarria; el cacharpo le dio diez pesos y pus yo saqué del camión mi chamarra de borrega y se la di. Mi chalán me dijo:

—Y ¿por qué usted es así?

—Pus así cómo.

Y me dijo sonriendo.

—Pus mamón ¿por qué le dio su chamarra?

—Oh, ¿pus ve que yo la esté ocupando o qué?

Yo también he sido teporocho, de estar tirado en las banquetas, todo mugroso.

Tuve una amiga a la que le decíamos la *Manzana*, porque era gorda, de cachetes colorados y chaparrita, trabajaba en un puesto de gelatinas y era madre soltera, tenía una niña como de un año. Un día me pidió cien pesos y se los presté, a los dos días me los regresó, pero le dije que yo se los regalaba a la niña. Ay, cómo la recuerdo, su piel era suavcita y rellenita, sabrosa. A ella la conocí antes que a Efigenia.

Ay, pero nadie como mi prieta, era tan linda, digo, no era muy guapa, pero su caminar cerradito y sus pechos grandes me gustaban mucho. Era silenciosa, no la oías llegar, era discreta, siempre estaba solita, tenía como diecisiete años, con sus pestañas largas, rectas y tupidas como cortinas que caían sobre sus ojos transparentes y buenos. Me gustaba verla, parecía tan ligera que ni el suelo tocaba. Pasaba junto a mí y aunque no la viera sabía que era ella, yo siempre quería ir a perseguirla. Pasaba y me miraba, se agachaba y seguía su paso. Hasta que llegó el día.

Una vez me visitó un amigo de la secundaria, dijo que ya me había visto, pero que no me topaba. Investigó y un día, así nomás, estaba en la puerta del camión. Llevó dos six de chelas y un tequila de tapa azul.

En el camión siempre guardamos nuestra cobija y almohada en los asientos de atrás del conductor, así que metimos las chelas debajo de las cobijas y como no había mucho pasaje, pedí permiso pa estar un rato en el paradero.

Mi amigo llegó temprano, echamos chelas y hablamos largo rato. Nos dio la hora de la comida. No teníamos hambre y los tragos iban a la mitad. Me acordaba mucho de ese amigo porque en la escuela todas las chavas querían con él, era carita.

Efigenia pasó con sus paletas y se siguió de largo, porque la puerta estaba cerrada, pero mi amigo me dijo: ¿qué, no se te antoja una paletita? ¡Ábrele, ábrele! Y la llamó. Yo estaba sentado en mi lugar y él en el del copiloto.

El cabrón tenía maña, gritó desde su lugar y le pidió dos paletas a la chamaca. Ella subió al camión y cuando estaba frente a mi amigo, se agachó con la caja.

—Compadre agarre lo que quiera— Dijo.

Y como si yo supiera la malicia de sus ideas cerré la puerta. Ella abrió más los ojos y me miró sorprendida. Yo la miré entre sonriendo y comiéndomela con la mirada. Mi compadre le jaloneó la caja, la chingadera se rompió y ella trató de escapar, pero cuando intentó salir por la puerta de atrás, la cerré. Se resbaló con una paleta. Cuando la pendeja se levantó, me enseñó las piernotas. Yo la empujé, cayó de nuevo al piso y la giré de frente. Ella dijo que no, pero yo sabía que las viejas dicen que no queriendo decir que sí. Además forcejear es su fantasía, ¿no? Era tan salvaje que me enloqueció. Después se puso mansita.

Mi compadre estaba de rodillas junto a la cabeza de ella, entre lo mareado por los tragos, y los forcejeos lo único que hizo fue teparle la boca con una mano y con la otra se bajó el cierre y entendí el juego. Le dijo a Efigenia que si lo mordía la mataba, le dio un golpe en la cabeza y le metió su miembro en la boca, ella comenzó a llorar. Un calorcito de debajo de la panza me hizo sentir poderoso, fuerte y vivo de tanta energía. Yo entendí que a ella le daba pena así que le dije;

—No te preocupes, mi amor, no va a pasar nada que tú no quieras. Eres hermosa y yo te cuidaré.

Traté de hacer a un lado su calzón pero era muy grande y mejor lo rompí.

Cuando estaba encima de ella y la ensarté, me di cuenta que era quintito, pero ya estaba hecho, la miré y besé sus chichis, torneadas, grandes y duras, que se movían por sus lloriqueos. Trató de gritar, pero mi amigo seguía en su boca, él terminó, y a ella le escurría la leche por la cara, casi vomita. Escupió, pero no se podía mover. No sé en qué momento

le rompí la blusa, mi fuerza de hombre la rebasaba. La desesperación del sexo me hizo morderla tan fuerte que le sangré el pezón. Mi fuego era tanto que sudaba a chorros. Ella trató de aventarme con sus piernas, pero ¿cuándo me podría mover?, si yo soy fuerte, me acuerdo que fui criado de lo mejor, mi madre nos daba a los hombres la mejor comida, las piezas de pollo con más carne.

Efigenia estuvo hermosa en el camión, y pus la neta ni me tardé, las ganas me corretearon, pero ella vio mi virilidad de hombre cumplidor, se sintió dominada, poseída como todas quieren sentirse. Yo me sentí como en una película de Pedro Infante, primero ellas dicen que no, y luego se ponen flojitas. Lástima que me dejé venir tan pronto, pero me quedó el consuelo de que mi compadre terminó primero.

Después de que la soltamos ella se arrinconó en un asiento, y no nos quiso hablar ni recibir nada. Lloró. Le pedí que me limpiara el camión porque tiró las paletas, y escupió. Tuve que ser un poco duro porque no se movía. Le grité y hasta le levanté la mano. Pero al final lo hizo y se sentó en el lugar del copiloto. Abrí la puerta para que saliera el aire caliente y apestoso a sexo, a sucio. Ella escapó como el viento, con sus manos en el pecho. Yo le iba a comprar otra blusa y calzones pero ella se fue, se lo perdió, como dijo mi compadre.

En la noche llevé a mi compa a su casa y jamás volvimos a hablar del tema. Yo era joven, digo, no tanto, pero a los cuarenta todavía ¿no? Después, con el tiempo, Efigenia traía un chamaco y decía quesque era mío, pero yo no sé de esas cosas de contar los meses. Además ¿a poco soy tan bueno que a la primera pegó? Bueno, a lo mejor sí, pero no sé si lo del chamaco es mi culpa, no lo creo, me hubiera buscado y si me decía, *pus* le ayudaba, pero no me dijo nada.

Con el tiempo me enteré que ya no vendió paletas. Cuando le dijo a doña *Pecas* que yo la había embarazado, la *ñora*, que estaba enamorada de mí, la corrió, y le dijo que no quería putas en su casa.

Rodó trabajando de ayudante con los comerciantes, hasta que conoció a la *Licha* que le dio permiso de dormir en el puesto que está en el primer andén, Efigenia limpiaba papas. Dice la *Manzana* que ya no era ni la sombra de lo que fue, los huesos se le asomaban del pecho, su cabello se veía horrible; cenizo y mal peinado. La vio sentada en la banqueta con la falda mugrosa, con un niño como de un año. El escuincle colgaba de su chichi vacía y oscura. Ella tenía la mirada perdida entre las piernas de la gente que pasaba por ahí. Miraba en la misma dirección donde antes estaban las estatuas de los Indios Verdes. Eso fue lo último que supe de ella. Hasta hoy.

Quién iba a decirlo, se hizo como todas las ciudadinas, de cascos ligeros y con un chamaco. No, si vivir entre los puestos y los camioneros no es lugar pa una vieja y su hijo. El niño atropellado en la mañana y ella colgada del puente por la noche.

Estaba mejor en su pueblo.

LAS FRONTERAS DE LA CREACIÓN

Análisis del texto “La Estación”

El texto “La Estación” cuenta la historia de un viaje que inicié en el paradero de los Indios Verdes durante la caída de una tromba que arrancó vidas, viviendas y automóviles. El acontecimiento se desarrolló el 30 de octubre de 2009. En mi texto la acción se despliega en el interior de un camión de transporte público. Cuento en primera persona porque yo viví la travesía con el chofer que me acosó para tener relaciones sexuales y a quien convencí de desistir.

La primera frontera que analizaremos será entre lo real y lo ficticio, para lo que utilizaremos las palabras de Hayden White “...distingo un acontecimiento (como un acontecer que sucede en un espacio y un tiempo materiales) y un hecho (un enunciado acerca de un acontecimiento en la forma de una predicación)...” (53). El acontecimiento

quedó en el pasado, yo lo viví, pero es irrecuperable. Como lo dice Hayden White el acontecimiento mantiene características de tiempo y espacio, no se repetirá. Es la realidad “... designa el modo de ser de las cosas, en cuanto existen fuera de la mente humana o independientemente de ella” (“Abbagnano”).

El hecho, en cambio, es cuando contamos y relatamos lo que sucedió. Yo conté a familiares y amigos lo que me sucedió y, posteriormente, lo representé en el texto “La estación”.

La representación es “...contener la similitud de la cosa[...] aquello mediante lo cual se conoce algo[...] los relativos a la relación entre las palabras y los objetos significados” (“Abbagnano”). El objeto significado es el acontecimiento y lo representé a través de la escritura, de tal forma que fuera lo más apegado a la realidad: es un hecho oral representado por escrito.

En este texto la representación se apega a los hechos y la voz narrativa es copiada de mi tono y modismos, por lo tanto no hay ficción².

La lluvia no nos detendría, me sentía segura y con cierto poder por la altura del transporte. El chofer con valentía se adentró en el caudal y el motor del camión vaporizó, el parabrisas del conductor se empañó, y la máquina rugió en un afán de queja por el cambio de temperatura (Texto creativo 13).

Como podemos notar en esta cita, interpreto la actitud del chofer y el sonido del motor en la situación que estaba viviendo; además obviamente, no conozco lo que pensaban los demás.

Para mostrar este punto de vista es necesario que analicemos el lenguaje que utilicé para contar la historia y que pretende que el lector se sienta como testigo presencial del

² Más adelante, defino el concepto.

acontecimiento. Es decir, la realidad tiene que ser representada por el lenguaje mediante la imagen escrita, de tal forma que se tiene que adaptar a cada situación, para que describa lugares y emociones.

En el texto “La estación” utilicé lenguaje denotativo y connotativo para representar la realidad. El lenguaje denotativo lo utilicé para imitar la narración de un noticiero que dio la información al otro día:

“ 'Ayer, durante tres horas cayó una tromba que paralizó el municipio de Ecatepec. La colonia Hank González fue declarada zona de desastre. Cinco personas muertas. Ocho viviendas destruidas. Ochenta automóviles arrastrados y diez casas afectadas.' ” (Texto creativo 19). Este fragmento imita la nota periodística que salió al día siguiente. Es un fragmento escrito sin emociones; intenta apegarse a lo sucedido. “... trata de dar una visión exacta de la realidad...” (Araujo 352). Con una “Actitud imparcial y precisión léxica. Enumera los rasgos con precisión y objetividad. Uso de léxico específico y técnico” (352). Por lo tanto, este párrafo del texto creativo carece de ambigüedad: proporciona datos y números.

Por otro lado, el lenguaje connotativo me ayudó a representar la experiencia que viví. Utilicé mi perspectiva emotiva para contar una anécdota personal. Para ello utilicé una descripción que buscaba mostrar el hecho con un lenguaje cálido y subjetivo, por lo tanto, ambiguo, es decir un lenguaje connotativo: “Manifestación de sensaciones subjetivas” (352). Yo buscaba que el lenguaje representara lo vivido con una carga personal y emotiva; busqué que la locución fuera connotativa: “...transmite la impresión que produce la realidad [...] Explica las cualidades que sugiere el objeto” (352). Pero esas cualidades del objeto representan en el texto la experiencia y punto de vista del narrador y se sujetan a la interpretación del lector.

En otras palabras, como yo viví la experiencia, al representarla utilicé mis emociones para dar a conocer desde mi perspectiva ese momento. Como lo vemos en esta cita: “La soledad era palpable, sentí el silencio como un hoyo profundo frente a mí, la noche nos rondaba como acechando nuestros movimientos” (Texto creativo 14). En esta cita vemos que la percepción del ambiente está escrita en lenguaje connotativo, con la impresión de lo que yo sentí esa noche en esas circunstancias, no obstante que intenté representar el hecho histórico de la forma más fiel y apegada a lo sucedido. Lo escrito no es preciso sino que es ambiguo, puede tener varias interpretaciones, dependiendo del lector. Por lo tanto, en este texto no hay ficción, utilicé un lenguaje que me ayudara a transmitir las emociones que viví en ese momento.

Como segunda frontera analizaremos “La estación” como un texto híbrido “Dicho de una cosa: que es producto de elementos de distinta naturaleza” (“Szurmuk”). Es decir que tiene algunas características de dos géneros literarios; sin embargo, no cumple con ninguno a plenitud.

Para este acontecimiento, que al contarlo se convirtió en hecho, elegí una forma verbal que va de la autobiografía a la crónica. Estos géneros se encuentran clasificados dentro de los textos históricos, por ser narraciones de acontecimientos vividos. Y se consideran dentro del género literario por utilizar el punto de vista emotivo y particular del narrador.

“La estación” es un texto autobiográfico porque lo viví durante la inundación del Valle de Guadalupe en el municipio de Ecatepec. Es un acontecimiento que presencié y que reproduje oralmente para familiares y amigos, y así lo convertí en hecho. Después de cuatro años, lo escribí con la pretensión de que llegara a ser un texto literario. Dice Oberti:

La biografía es [...] un género difícil de clasificar, porque fluctúa entre lo literario y lo histórico, entre lo ficticio y lo verdadero. El hecho que se cuenta es verdadero, y en este sentido la biografía puede considerarse una región de la historia. Sin embargo, el autor tiene libertad para elegir la forma de contar ese hecho, y este aspecto estético o narrativo, se relaciona directamente con la literatura (Oberti 60).³

Podemos considerar la definición de biografía como punto de partida para definir la autobiografía debido a las características que la autora menciona. Como, por ejemplo, que lo que se cuenta fue vivido por alguien, que es verdadero. Por otro lado, la representación puede considerarse literaria e incluso llegar a tener elementos ficcionales, por la forma en que se elige contar. Pero la autobiografía es, en palabras de Lejeune, “Relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad” (Citado en Pozuelo 27).

En el texto “La estación” cuento en retrospectiva y revelo mi personalidad al representar mis acciones y reacciones ante una situación. Según Oberti, además se puede considerar un hecho histórico, porque lo cuento como testigo del acontecimiento.

³ Lejeune propone 4 elementos que se presentan en una biografía:

“1. Forma del lenguaje: a) narración. b) en prosa. 2. Tema tratado: vida individual, historia de una personalidad. 3. Situación del autor: identidad del autor (cuyo nombre reenvía a una persona real) y del narrador. 4. Posición del narrador: a) identidad del narrador del personaje principal. b) perspectiva y retrospectiva de la narración.” (citado en Pozuelo 27)

“El límite separador del relato fingido, la novela en primera persona, y el relato autobiográfico sería contextual: en el segundo el sujeto de enunciación es una persona real, histórica, documentable; en el primero no lo es” (Pozuelo 26).

Como lo vemos en esta cita: el texto “La estación” puede ser considerado autobiográfico porque los elementos documentables son la fecha, la noticia y la existencia de la persona que creó y representó de forma escrita el hecho. Viví los acontecimientos. Estos los narré desde la primera persona, como protagonista: “El sujeto de la enunciación y el del enunciado se condesan en una sola unidad: narrador – personaje” (Paredes 51). El texto se cuenta en la voz que lo experimentó. No obstante, aunque contenga estas características, no podemos llamarla plenamente autobiografía, porque solo cuenta un fragmento de mi vida.

Por su forma, el texto “La estación” tiene características de la crónica. Ésta es en palabras de Marín:

...el relato pormenorizado, secuencial y oportuno de los acontecimientos de interés colectivo. Se ocupa fundamentalmente de narrar cómo sucedió un determinado hecho; recrea la atmósfera en que se producen los sucesos públicos [...] exposición en orden cronológico de cada uno de los momentos y elementos que hacen importante un acontecimiento (Marín 199).

En el texto “La estación” encontramos varias características de la crónica. Una es que recrea acontecimientos de interés para varias personas, como lo vemos en este ejemplo:

Los carros particulares y las peseras estaban detenidas frente a un río de aguas turbias; el aroma a alcantarilla era penetrante, ni siquiera el aromatizante del camión aminoraba la fetidez. El torrente que inundaba la Vía Morelos venía de los cerros que rodeaban mi colonia. Ninguno de los automovilistas se atrevía a cruzar, al ver como

los carros que estaban estacionados en la clínica flotaban sin rumbo y sin control entre las aguas (Texto Creativo 10).

En esta cita encontramos una forma de descripción que pretende representar un ambiente de incertidumbre y riesgo, al que se enfrentaron quienes vivieron aquella inundación. Además la inundación fue un problema para todos los que vivimos en la zona.

Otra característica de la crónica es que narra cómo sucedió un acontecimiento y se utiliza un marcaje cronológico que nos ayuda a ubicar el orden de lo sucedido: “Eran las cuatro de la tarde... ya eran las siete de la tarde... Dieron las ocho de la noche... las lámparas públicas prendieron...” (Texto creativo 9, 12, 13). Marín distingue tres tipos de crónica:

- a) *Crónica informativa*: se limita a informar del suceso, sin emitir juicios de valor.
- b) *Crónica opinativa*: en ella se informa y comenta al mismo tiempo; el reportero debe conocer perfecta mente el tema que trata para lograr el equilibrio entre lo 'objetivo' y lo 'subjetivo' de la información.
- c) *Crónica interpretativa*: hace interpretaciones y emite juicios acerca del hecho en general o de sus elementos sustanciales” (200).

El texto “La estación” tiene algunas características de la crónica, y además encontramos interpretación como en este ejemplo: “El chofer con valentía se adentró en el caudal y el motor del camión vaporizó, el parabrisas se empañó, y la máquina rugió en un afán de queja por el cambio de temperatura” (Texto creativo 10).

En esta cita vemos que la narradora describe la actitud del chofer, de quien considera en ese momento tuvo una actitud valiente al intentar cumplir con el objetivo de llegar a la base de camiones. En este sentido, asume su subjetividad y su punto de vista.

Además como apoyo para la ambientación tenemos descripción subjetiva, que “se caracteriza por la inclusión del punto de vista del escritor” (Araujo 62), que desde luego está cargado de emociones. “En la nuca, bajo mi cabello me recorrió un escalofrío, sentí que en cualquier momento la mano enorme del chofer me tocaría” (Texto creativo 15). Como podemos ver en este ejemplo, el sentimiento de miedo se expresa con la sensación de que el chofer tocaría mi hombro, cuando en la realidad él se encontraba hasta la parte trasera del camión. En este sentido, tiene características de la crónica opinativa.

Sin embargo, “La estación” no cumple con todas las características de la crónica periodística. Por ejemplo, no es oportuna. La crónica “debe ofrecerse en el momento preciso” (Marín 200). Es decir, tiene que escribirse al momento inmediato del acontecimiento para que haya un interés común, colectivo, en su lectura. Este texto fue escrito años después del acontecimiento, de aquí que no tiene la característica de ser oportuno.

Por otro lado, no es un texto con la intención de notificar un acontecimiento de carácter social sino de representar un hecho bajo el carácter de lo personal. En este sentido, el acontecimiento de interés colectivo es un marco de referencia en el texto.

En el ensayo “El texto histórico como artefacto literario” White comenta de la crónica:

...las historias ganan parte de su efecto explicativo a través de su éxito en construir relatos a partir de *meras* crónicas; y los relatos, a su vez, son construidos a partir de crónicas por medio de una operación que en otra parte he llamado <<tramado>>. Por tramado entiendo simplemente la codificación de los hechos contenidos en las crónicas como componentes de *tipos* específicos de estructuras de trama... (112).

En la cita, White afirma que la crónica ayuda a ver los datos históricos de un hecho como una historia completa y creíble, ayudando al texto a formar una trama coherente. Esta ayuda se debe justamente a la estructura. Podríamos pensar entonces que la crónica nos apoya para construir la estructura de este texto híbrido: por ejemplo, la estructura lineal; los marcajes claros del tiempo.

En resumen, en el análisis del texto “La Estación” busqué dos fronteras: la primera está entre la realidad y la representación, encontramos que el acontecimiento está representado de forma apegada a la realidad pero desde una voz personal y con un punto de vista subjetivo. La segunda frontera está entre géneros literarios por lo que encontramos que tiene algunas características de la autobiografía y algunas de la crónica pero que no cumple con ninguna en su totalidad. Por lo tanto, es un texto híbrido.

El acontecimiento que generó el texto de “La estación” fue sumamente difícil de representar. Lloré tanta agua como la que vi caer, sentí culpa, impotencia, vergüenza, asco de ese hombre y de mí. Para escribirlo pasó mucho tiempo y tuve que alejarme de todas las emociones que experimenté, busqué la objetividad, y en este proceso, noté un cambio en mi carácter. En ese autobús perdí el control de lo que pasaba, me sentí desprotegida, la actitud pasivo-agresiva del conductor me dio mucho miedo, pero al mismo tiempo me hizo revalorar las palabras, que son las que finalmente me defendieron. Han pasado años del acontecimiento y aún me da miedo cuando leo y recuerdo lo que escribí. Buscar las citas para verificar la paginación del ensayo, me cuesta mucho trabajo, porque me pierdo en el fondo y no veo la forma del texto.

Pero también lo leo y comprendo que ésa no soy yo, que trascendí la experiencia y ahora la puedo ver con templanza. El recuerdo duele, aunque ya no me provoca el llanto. Las situaciones presentes que tratamos de explicar con historia nos remiten a un contexto

que nos trasciende como individuos” (Villoro 42) La historia está en el texto, la situación me rebasó como individuo, pero el daño quedó en el papel.

Análisis del texto “La Hija de don Luis”

El segundo texto del libro “Personajes de los Indios Verdes” nació como un ejercicio para la materia de Literatura Latinoamericana. Teníamos que conversar con una persona mayor para que nos contara su vida y tratar de hacer un escrito imitando el estilo de la autora venezolana Teresa de la Parra en su novela *Las memorias de mamá Blanca*. Hablé con mi mamá, que en ese tiempo tenía setenta y dos años, y le pedí que me contara de su vida, de cómo habían sido sus padres y sus hermanos, historias que ya había escuchado, pero que no me quedaban claras. Mi mamá pasaba por un momento muy sensible, cumplir esa edad era como si llegara el fin de su vida. Sus padres —ambos— murieron a los setenta y dos años, con catorce años de diferencia entre sí. Este estado anímico de mi madre fue

crucial para traer al presente lo vivido, porque recordó muchas cosas olvidadas. La obtención de datos fue hecha de a poquito porque mi mamá emocionalmente se cansaba.

Pensando en mi trabajo recepcional, fuimos a una sesión de hipnosis con un amigo mío de la infancia. Cuando mi madre fue hipnotizada, el recuerdo se dirigió hacia la fecha en que cumplió cinco años. Recordó que mi abuela la abandonó junto con su hermana. Lloró. Eso nunca lo había contado, y detonó grandes interrogantes para mí, así que pregunté lo más que pude procurando no lastimarla. Y fue entonces que se develó la imagen de una pareja en amasiato con una familia inestable, bajo el régimen machista. Características que algunas familias tienen, pero ocultan.

La primera frontera que analizaremos en este texto será entre la realidad y la ficción. El acontecimiento (o la realidad) quedó lejano en el tiempo. Yo no lo observé, ni fui testigo, el único acercamiento que tuve con lo sucedido, fue a través del hecho que me contó mi mamá.

Para representar estos recuerdos utilicé: un narrador ficticio que pretende ser la voz de mi mamá, el punto de vista limitado del personaje narrador y lo conté en primera persona. Todo esto fue un gran esfuerzo, tratando de encontrar el ritmo, los modismos y muletillas de mi madre. En este texto, entonces hay ficción. Ficción es:

Discurso representativo o mimético que “evoca un universo de experiencia” (Ducrot-Todorov) mediante el lenguaje sin guardar con el objeto del referente una relación de verdad lógica, sino de verosimilitud o ilusión de verdad, lo que depende de la conformidad que guarda la estructura de la obra con las convenciones de género y de época, es decir, con ciertas reglas culturales de la representación que permiten al lector —según su experiencia del mundo— aceptar la obra como ficcional y verosímil,

distinguiendo así lo ficcional de lo verdadero, de lo erróneo y de la mentira (Beristáin).

En otras palabras la ficción es el discurso que crea una situación no real ni verdadera sino creíble y se muestra en diferentes niveles. Por las características del texto “La hija de don Luis” encontramos ficción en tres aspectos; en la narradora que está en primera persona y trata de imitar la voz y modismos de mi madre y que no soy yo. En la forma en que la narradora percibe la realidad; esta percepción tiene que ver con el punto de vista limitado de la narradora personaje. Y en los elementos falsos que conforman diferentes partes de la historia, como en la descripción de los lugares, de los personajes y de los hechos.

Por ejemplo, cambié el lugar de lo sucedido para ubicar la acción en Indios Verdes: mi madre vivió en la colonia Vallejo entre Río Consulado y Calzada de los misterios en la calle de Pedro Luis Ogazón número 44. Cerca de las vías del tren y de la Calzada de Guadalupe. Entonces, el acontecimiento no pasó en los Indios Verdes pero sí en una parte de la frontera geográfica entre el Distrito Federal y el Estado de México. Esta adaptación fue necesaria porque yo quería que todos los relatos de libro sucedieran alrededor de los Indios Verdes. Este cambio genera un rasgo de ficción. La ficción como “...ideas hechas e inventadas por nosotros” (Abbagnano).

Vivíamos cerca de lo que ahora es el metro Indios Verdes. Junto a unas vías [...] Eran las orillas de la ciudad, que en ese entonces no estaba tan poblada. No había pavimento y la tierra era como arena muy fina. En tiempo de seca el gobierno regaba tezontle alrededor de la vía y grava entre los durmientes; el tren pasaba dos veces al día o hasta más. La casa retumbaba con el paso de la máquina, pero ya estábamos acostumbrados (Texto creativo 25).

Para esta descripción del lugar hice una investigación hemerográfica sobre la zona de los Indios Verdes en la época de la infancia de mi madre (consulté material de los años 1955- 1960) para dotar de verosimilitud el relato.

El paisaje de esos años en los Indios Verdes era desolado y la frontera era una zona desértica que con el tiempo y la urbanización se fue diluyendo.

Otro elemento ficcional en el texto es la descripción de la casa donde nació mi abuelo. En la realidad, describí la casa de la abuela de mi esposo, a quien visitamos en años recientes. Mi abuelo nació en una casa que no conocí, en la Sierra de Hidalgo, pero la recreación para describirla es una aportación reciente en mi memoria, no la de mi madre.

Cuando yo era niña visité muchas veces la casa de la abuela paterna. Los ruidos nocturnos de los animales alimentaban el temor y la zozobra de las pesadillas infantiles. Para proteger a las personas de las fieras y los fantasmas, se colgaban en las paredes alambres que sostenían latas llenas de petróleo con trapos que colgaban encendidos, los muros negreaban y daban forma al fuego que arropaba la casa (Texto creativo 21).

En la cita podemos ver una imagen ficticia de la casa de don Luis. Eso es porque la intención del texto no es recrear una verdad histórica.

También hay elementos ficcionales en la descripción de personajes: Mi abuelo era un hombre muy interesante, por él solo podía sentir amor y admiración. Pero al escribir este texto se me revelaron aspectos que lo mostraban con toda su imperfección. Traté de escribir las cosas tal y como las contó mi mamá, ser clara y no emitir juicios. Yo quería una historia apegada al hecho que contó ella, pero quería un efecto fuerte por lo que hice algunos ajustes y la historia cambió. Ya no fue tan apegada al hecho que contó mi mamá. Por ejemplo:

Eran los tiempos después de la Segunda Guerra Mundial y él temía que la hambruna llegara a casa, por lo que almacenaba grandes cantidades de comida en un cuarto especial, escondido en un muro falso junto al comedor. La pequeña entrada estaba detrás de una vitrina con puertitas de cristal (Texto creativo 20).

En esta cita se dice que don Luis era un hombre que tenía miedo de la hambruna y de la guerra. Mi madre recuerda que él almacenaba comida, pero no lo hacía en un cuarto oculto. Y no sabemos con certeza a qué se debía. Sin embargo, describí así la escena intencionalmente para presentar un personaje temeroso y obsesivo.

Otro ejemplo:

No me habló por mucho tiempo, no podía ni acercarme, ni cuidarlo. Así pasaron dos largos meses. La culpa me perseguía, solo mi hermana y mi madre podían estar a su lado. Mi madre pedía mi perdón pero él movía la cabeza diciendo que no. Como a don Luis no le gustaba estar solo, mi mamá y mi hermana se turnaban en el día para cuidarlo. Picho lo cuidaba en las noches (34).

En el hecho desconocí los pormenores de la muerte de don Luis y, por ser un tema delicado y sensible para mi mamá, no quise indagar más, por lo que esta parte es ficción.

Cómo debe ser configurada una situación histórica dada depende de la sutileza del historiador para relacionar una estructura de trama específica con un conjunto de acontecimientos históricos a los que desea dotar de un tipo especial de significado. Esto es esencialmente una operación [...] productora de ficción (White 115).

Aquí podemos apreciar que la situación histórica de la muerte de mi abuelo es una ficción y por la sutileza de no indagar en el hecho, la ficción fue el auxiliar que me ayudó a dar significado al texto.

Otra situación inventada con el objetivo de crear un efecto de asombro en el lector es ésta: “Pero en los días de convalecencia, justo antes de morir, mi padre nos llamó a los dos, a mi madre y a mí, y nos pidió perdón. Le dije que él era el que tenía que perdonarnos por no entenderlo” (Texto creativo 35).

En este ejemplo inventé el perdón del abuelo. Él murió de insuficiencia renal en su cama y no estaba enojado con mi madre. Pero el efecto que buscaba en el lector era importante para mí, porque don Luis es un personaje cruel, y yo quería mostrar que los demás personajes fomentaban esa forma de ser en él, por lo que en la narración era el momento de poder reclamarle y en lugar del reclamo, el personaje de la hija pide un perdón que el lector puede considerar innecesario.

Cuando leí “La hija de don Luis” entre mis compañeros de clase, ellos se enojaron por ese perdón. Ahí comprobé el efecto del texto. Eso me gustó porque noté el impacto de la narración en sus expresiones.

Por otro lado, manejar los aspectos emotivos en el texto presentó cierto grado de dificultad, hubo elementos crueles en los que tuve que ser muy precisa. Como en esta cita: “A los tres años del pequeño, mi papá se lo arrebató a Manuela y lo llevó a vivir con Felisa [...] Cuando mi hermano cumplió catorce años, mi papá lo devolvió” (30). Este hecho fue un evento inhumano y desgarrador; por lo que decidí narrarlo de la forma más objetiva posible, con una descripción emotiva lo hubiera mostrado melodramático⁴. Quise mostrar los hechos sin juzgar a los personajes. Fue un acontecimiento que estuvo mal, pero no podía mostrar un juicio en el texto, lo dejé a criterio del lector. En estos fragmentos tan tristes, fue necesario construir a mi madre y a su familia como personajes emocionalmente alejados de mí y comprender la historia para construir una trama lógica.

⁴ Melodrama: “...se exageran los aspectos sentimentales o patéticos”

La descripción de los hechos está desde el punto de vista de la hija de don Luis, y lo describe en un aspecto emocional. Por lo tanto, también era necesaria la descripción subjetiva, que “transmite la impresión que le produce la realidad” (Araújo 352).

Como lo podemos apreciar en esta oración “Con sus brazos huecos nos cargó y nos llevó a la cama” (Texto creativo 25). En este ejemplo vemos que hay ambigüedad en la descripción de los brazos de don Luis, no hay precisión, porque la intención era representar un sentimiento de vacío.

Traté que la forma del lenguaje llevara al lector de la mano a observar (con lenguaje denotativo) y en ocasiones a sentir (con lenguaje connotativo) lo que la protagonista vivió y contó. La frontera entre el acontecimiento y el hecho es inexistente, sólo podemos rescatar el hecho por medio de recuerdos. En el texto “La hija de don Luis” hay cierta ficcionalización por los elementos que agregué para tener una trama coherente.

La segunda frontera que analizaremos será para encontrar a qué género pertenece el texto “La hija de don Luis” pues tiene características tanto de las memorias como de la biografía.

Como memorias:

...las memorias reflejan una conciencia que no es un artefacto psicológico sino una construcción literaria, y que puede responder a dos modalidades diferentes en función del grado de implicación del yo en la historia: cabe centrarse más en los acontecimientos y en los hechos externos que en la persona que escribe o bien, cabe centrarse en la conciencia del autor, como testigo de unos hechos, de los que quiere dar testimonio personal. En ninguno de los dos casos se da una referencialidad del yo como algo fiable y objetivo (Otero 13).

Las memorias son una construcción literaria, pues desde que hay recuerdo del acontecimiento se convierte en un hecho con matices ficticios, porque la memoria no siempre es fiable. En las memorias podemos analizar la representación desde dos puntos y ambos dependen de la decisión del autor al escribir la historia. El primer punto es la implicación del yo y ubica al narrador como un espectador del hecho, observando los acontecimientos: es mirar desde lejos, es no ser parte de la historia. El segundo punto es contar desde la conciencia del autor: es como incluirse en la historia. El texto que analizamos tiene una implicación del yo como compilador. Cuento un hecho que me contó mi madre y trato de rescatar su voz con una narración en primera persona. Yo no miré el acontecimiento.

“...las memorias no dan cuenta de uno, ni siquiera de uno y de los demás, sino de uno en los demás, del yo y lo que sucede” (Citado en Pozuelo 27). Como lo comenta la cita las memorias son introspectivas, es decir el hecho pasa por el tamiz de los sentidos del yo que recuerda y éste nos cuenta lo que sucedió desde su punto de vista. En el texto “La hija de don Luis” podemos notar la personalidad dominante del padre, a través de la mirada de la hija.

Otra característica de las memorias es que la historia no está contada en una línea temporal continua. La narración utiliza la figura retórica de la elipsis “...construcción que se produce al omitir expresiones que la gramática y la lógica exigen pero de las que es posible prescindir para captar el sentido. Este se sobreentiende a partir del contexto” (“Elipsis”). Omitir información en el texto fue muy natural porque que mi madre solo me contaba pequeños pasajes de su vida. Y yo solo los acomodé de tal forma que llevaran un orden cronológico.

En el texto se presentan saltos en el tiempo con datos que me ayudan a construir a don Luis:

“Al cumplir dieciocho años don Luis se fue a trabajar a la capital, y enamoró a una amiga de sus hermanas llamada Felisa con la que tuvo un hijo llamado Daniel.

Diecinueve años después conoció a mi madre cuando ambos viajaban en el tranvía;”
(Texto creativo 21).

En esta cita podemos notar que hay un lapso de dieciocho años donde consideré que no sucedieron cosas trascendentes para la trama. En primer lugar mi madre no sabe qué pasó durante ese tiempo, y luego no creí necesario inventar alguna situación.

A pesar del uso de la elipsis, el texto tiene un orden: “Se trata de una secuencia lógica puesto que sigue un orden cronológico” (Araujo 344). Hay un algo que sucede y presenta consecuencias. Hay otros hechos que no muestran una construcción de causa efecto en los actos de la narradora, sólo son recuerdos. Y es otra característica de las memorias.

El texto “La hija de don Luis” presenta varias historias cruzadas, que son pequeños recuerdos aislados que nos ayudan a crear desde el valor subjetivo pequeños momentos de la vida de mi madre.

La perspectiva es la de una mujer que siente que la muerte la reclama. Porque además es la única familiar de su generación que sobrevive. Pensé que la mejor opción para contar era desde su punto de vista limitado y particular. Ella reflexiona de su vida, ante lo que cree que son sus últimos años y dice:

Siempre fui la ilegítima de mi padre, la hija de Manuela, la media hermana de Daniel, la hermana de mis hermanos, la ciudadana exiliada en el pueblo de mi esposo. En cada etapa fui alguien para los demás. Ahora no sé cómo ser alguien

para mí. Soy lo que queda, la cuarta parte de la herencia genética, la desconocida de mis sobrinos, la madre y la abuela, la que queda al frente de la fila (Texto creativo 36).

Y en ese momento el personaje ve su historia desde lejos con el peso de los años y la necesidad de reconocerse y reencontrarse con esos familiares ya muertos, por lo menos en el recuerdo.

Supongo que la vida con don Luis no fue tan difícil, quiero pensar que hubo momentos muy gratos; sin embargo, siempre que parecía haber un suceso bonito, algo pasaba que él lo arruinaba. Claro, eso dice mi madre.

Ella me contó memorias que le dolieron, también algunas que la hicieron feliz, pero algo pasó en su interior que la hizo pensar y dejó de ver a mi abuelo como el hombre poderoso y omnisapiente, para reencontrarse con un padre muy querido pero machista y atormentado. Esta revelación de la idea del padre surge después de comentar con ella las memorias.

“La hija de don Luis” es un texto emotivo que nos unió en el tiempo a mi madre y a mí, y nos dio una razón para comprender el presente a partir de las memorias.

Por otro lado, en cierto sentido este texto también puede ser considerado una biografía:

“...discurso de lo auténtico, y remite a una intención de veracidad de parte del biógrafo, pero la tensión permanece constante entre esta voluntad de verdad y una narración que debe pasar por la ficción, y que sitúa a la biografía en un espacio, en un vínculo entre ficción y realidad histórica, en una ficción verdadera” (Dosse 16).

Este texto tiene características biográficas porque se basa en la vida de mi madre. Como ya se dijo, escribir esta biografía se convirtió en una necesidad humana: “de no

remitirnos a un pasado —dice Villoro— con el cual conectar nuestro presente, éste resultará incomprensible, gratuito, sin sentido” (37). Este texto es particularmente importante, por contar sobre mi abuelo a través de la memoria de mi madre. Al mismo tiempo como lo dice Villoro me ayuda a comprender las actitudes que en el presente tiene mi mamá y que también tengo yo. Y me provocó “una nueva necesidad de intimidad, de conocimiento del marco interior de la vida familiar” (Dosse 17).

La necesidad de conocer nuestra historia es una preocupación constante del ser humano y obedece a la gran curiosidad por esa vida lejana en el tiempo que se devela y nos puede mostrar una idea de lo que somos y lo que queremos ser.

El acontecimiento es muy lejano y no es preciso; está muy alejado de la realidad, pero es íntimo en la perspectiva que mi mamá tiene del acontecimiento, por lo que busqué, apegada al hecho, representar la historia lo más completa y verazmente posible.

Mi madre con sus recuerdos es la frontera entre el acontecimiento y el hecho, yo soy la frontera entre el hecho oral y la representación escrita. Los intersticios entre la historia y la ficción están en el punto de vista de mi mamá, es decir, en su memoria.

El texto “La hija de don Luis” es un texto híbrido con características de la biografía, porque cuenta anécdotas de la vida de mi mamá. Pero no lo es plenamente porque no tiene la intención de veracidad, no habla de un personaje importante y no habla de toda la vida de mi madre.

No podemos decir que el texto pertenece a un solo género porque también tiene características de las memorias, como su estructura. Y sin embargo, tampoco es una memoria plenamente, porque este texto tiene unidad en su estructura y las memorias no presentan orden cronológico, son recuerdos aislados. La realidad quedó sepultada entre la ficción de la memoria de mi madre y la ficción que utilicé para representar la historia.

No obstante, esta memoria/biografía me ayuda a sentir que pertenezco y soy parte de una cadena de vida.

“...comienza la narración de sí mismo a ser también un fenómeno de salvación personal, frente a los otros y también frente a uno mismo, de restitución del pasado como modo de conjugar una fugacidad y restauración de la vida perdida, como postergación de la muerte, pero postulación falsa, como figurada, de un sentido que construye la inteligibilidad narrativa y depende de ella...” (Pozuelo 32).

En este fragmento Pozuelo, se refiere a lo importante y trascendente de escribir una autobiografía, no obstante que el texto “La hija de don Luis” es una biografía, también es una memoria familiar que me mueve en lo personal y me jala en la historia a ser una parte no visible en el texto, pero el texto es un hecho intrínseco de mi existencia. Y me siento parte de la postergación de la vida como una necesidad de permanencia a través de la escritura. Soy un eslabón que da continuidad a la vida de mi abuelo, y me hace pensar que así prevaleceremos en la vida de mis hijos.

Análisis del texto “Memoria sobre rieles”

“Memoria sobre rieles” está basado en la vida de un chofer de metro. No conocía al conductor, me lo presentó una amiga que tenemos en común, por lo tanto, no tengo ninguna relación con él, ni con los acontecimientos, supe de ellos a través del relato de Abel Rafael. Conversamos en dos ocasiones y la información que me proporcionó fue muy superficial,

tuve que leer entre líneas para encontrar la trama que yo quería contar. La narración consta de cinco apartados: En el primero y el segundo se cuenta la infancia y vida personal de Abel y son en gran parte inventados. El tercer apartado habla de los rumores de fantasmas que hay en el metro. El cuarto apartado se refiere a los arroyados. El quinto y último es un cierre donde retomo el tema del padre.

En el texto traté de rescatar la oralidad de Abel, como sus modismos y la terminología que utiliza en su trabajo.

Para encontrar la primera frontera entre el acontecimiento y la ficción, hay que considerar que en este texto la realidad es aún más lejana que en el de “La hija de don Luis” pues la información la proporcionó un extraño. Para crear este personaje necesité un mayor grado de ficción: crear su infancia, la relación con sus seres queridos y la relación con los compañeros de trabajo.

La descripción del padre por ejemplo era necesaria para demostrar el cariño y, como Abel no dio características de su padre que yo consideré importantes, tuve que imaginarlas e inventarlas:

Él era un hombre chaparrito, moreno claro, con ojos grandes y seguros, sus labios gruesos y sus manos fuertes y callosas, usaba un bigote bien delineado, y siempre traía un overol lustroso de grasa. Al saludarlo le besábamos la mano, siempre olía a aceite quemado, a fierros viejos, a ropa sucia y a trabajo duro. Desde muy joven, trabajó en Ferrocarriles Nacionales de México (Texto creativo 37).

En los años de su juventud, mi abuelo fue maquinista, mi madre me ayudó con la descripción de los aromas, las manos y la ropa. Abel era alto y moreno, mi abuelo era alto y güero, en mi descripción imaginaria se parecerían. Pero yo no quería que el personaje fuera parecido a mi abuelo por lo que construí un retrato diferente. El gesto de besarle la mano es

un símbolo de respeto y amor que tiene mi esposo con su papá y me pareció importante incluirlo como una forma para que el personaje demostrara respeto a su padre. Y aquí podemos notar que la ficción me ayudó a representar los sentimientos. Todos los detalles y los diálogos son ficción.

Los dos primeros apartados que tratan de la vida familiar del protagonista, me sirvieron para crear sus lazos amorosos, y para formar un vínculo con el padre que al final del texto me ayudaría a dar el cierre.

En el tercer apartado yo quería contar de la existencia de fantasmas que se ha mostrado en los medios de comunicación. Abel me contó que era cierto, que incluso sus jefes habían mandado a hacer misas en los pasillos, porque se aparecía una niña y un hombre en las vías todas las noches, y yo imaginé la escena y la describí con elementos ficticios:

El túnel enmudece como preparándose para escuchar y se siente una ráfaga de calma y miedo, yo estoy pensativo y recojo mi basura con tranquilidad, de repente, lo veo, él está a un lado mío, no sé de dónde salió, ni en qué tramo nos encontramos. Pero supongo que estamos cerca de un respiradero porque hace frío (Texto creativo 44).

Con la intención de jalar al lector a ese momento ficticio, y para provocar el temor durante la lectura de la escena, cambié el tiempo de los verbos, de pretérito simple a presente, para dar mayor énfasis y crear expectativa.

El cuarto apartado es para mí el más aterrador, es el segmento que habla de los arrollados. En este apartado hice muchas preguntas para ayudarme a describir, y aunque Abel fue abundante y claro con los datos, me ayudé con la ficción, e imaginé los aromas, las actitudes del chofer y la reacción del familiar del atropellado.

Incluso para mostrar el estado de ánimo aletargado del chofer que cometió el atropellamiento, utilicé una estrategia para detener el tiempo:

Todo era muy lento. Al llegar se escuchaba una melodía de los años cincuenta, no recuerdo cuál era, y el aroma a humedad entró en mi nariz como el sople natural del tiempo. Un encargado de limpieza me miraba, apoyó su pie derecho en el piso, suspendió el izquierdo, que después apoyó, y luego suspendió el derecho, así continuó su camino hasta que llegó a una esquina del cuarto. Tomó un asiento por el respaldo, colocó sus cuatro dedos uno por uno en el reverso, y con gran destreza el dedo pulgar quedó en el anverso, levantó las patas traseras de la silla, pero las de adelante no, esas se arrastraron por la sala, se oyó como si se clavarán cuchillos en el piso, se dibujaron dos delgadas líneas paralelas y blancas, el lugar, de cemento en bruto, guardaría en el recuerdo esas líneas que parecían las vías de mi tren (Texto creativo 51).

En esta cita larga quise representar una escena que podía decirse en tres oraciones, pero en la que decidí detener el tiempo y para ello utilicé la descripción detallada. La intención de utilizar esta estrategia era mostrar lo que el personaje amigo de Abel sentía después de que atropelló a alguien por accidente.

La frontera entre el acontecimiento y la ficción es amplia, solo conocí el hecho en voz del conductor del metro Indios Verdes y esto detonó la escritura del texto. Es un texto basado en hechos reales, pero que se desarrolló ya como un texto ficcional.

Para analizar este texto en cuanto a la segunda frontera del género literario al que pertenece, debo hablar de su génesis. “Memoria sobre rieles” surge de una entrevista, pero se presenta sin las preguntas.

Las preguntas que planifiqué fueron muy sencillas y el entrevistado fue preciso con las respuestas; primero le pregunté sus datos personales, después, cómo llegó a ese trabajo, luego le pedí que me contara algo extraordinario y finalmente que me hablara de los fantasmas. Dentro de la charla surgieron otras preguntas, que hice para ayudarme a hacer la descripción de los lugares y las situaciones.

La entrevista es un “método indagatorio [...]”. La información se produce en las respuestas del entrevistado” (Marín 41). Todo este texto está creado a partir de las respuestas del conductor, por lo que, en cierto sentido, podemos considerar que el texto entra en este género. Para Marín la entrevista puede ser de tres tipos: informativa, de opinión y de semblanza. En el caso “Memoria sobre rieles” no es entrevista informativa porque no “...da por sí misma, toda la *Noticia*” (41). Es decir, no cumple con la definición de noticia, no es de interés común, no es un hecho reciente y no solo proporciona los datos. Es más, la información que proporciona el texto no es de carácter social como lo sería una noticia “...hechos de interés colectivo” (40). Es un hecho de interés personal y humano. Puede ser una entrevista de opinión porque recoge opiniones y juicios del entrevistado, pero se acerca aún más a la entrevista de semblanza que se refiere a: “...captar el carácter, las costumbres, el modo de pensar, los datos biográficos y anécdotas de un personaje: para hacer de él un retrato escrito. La entrevista de semblanza puede abordarlo exhaustivamente o mirarlo solamente bajo uno de sus aspectos” (98). En el texto “Memorias sobre rieles” se hace la construcción del personaje de Abel, se tratan temas personales y laborales del entrevistado.

Como vestigio de la entrevista encontramos que cada uno de los cinco fragmentos, del texto, es la respuesta a una pregunta temática. Pero para editar la información y

convertirla en texto narrativo primero quité las preguntas y luego trabajé la jerga y los modismos del entrevistado.

Traté de captar todos los aspectos de Abel que menciona Marín en la cita anterior, como su vida familiar, su infancia, su trabajo y hasta su ideología.

Me interesó como personaje porque había escuchado muchos rumores de lo que sucedía en el metro y Abel era un informante cercano al lugar. Indios Verdes es un territorio basto de historias donde todos vamos de paso, donde hay gran afluencia de gente y de emociones. Además quería conocer el aspecto humano del personaje: Abel era un hombre que quiso mucho a su padre, que se responsabilizó de una familia a muy corta edad, escogió un trabajo que lo vincula con su papá y lo disfruta; prefiere evitar hablar de política.

Podríamos pensar en los vestigios de la entrevista cuando vemos partes que parecen respuestas, por ejemplo; “Mi nombre es Abel Rafael [...] Creo que lo más difícil para mis papás fue cuando yo estaba en la secundaria [...] No, no podemos tomar licor” (Texto creativo 37, 37, 41). En estas citas hay frases como “mi nombre es...”, que es la respuesta a un dato que se pide, la palabra “creo...” es una respuesta de opinión y la palabra “no...” es una respuesta categórica a una información precisa, que se solicita.

Decidí no poner las preguntas porque quise obtener un texto más natural o menos mecánico (pregunta-respuesta), y así tratar de alcanzar el texto literario. Me parecía antinatural que un extraño diera datos tan emotivos a una persona que no conocía. Y en la realidad así fue porque lo emotivo lo construí a través de la ficción, el entrevistado no lo mencionó.

Por otro lado, decidí clasificar las respuestas por temas y hacer con ellas fragmentos temáticos.

La narración inicia en el primer apartado con la descripción del padre y termina en el quinto apartado con una homologación laboral entre el hijo y la figura paterna que al morir marca el final de una etapa de la vida de Abel. Como una forma de mostrar la admiración y el amor del protagonista a su padre, su oficio fue algo similar. De esta forma, como ya dije, traté de darle unidad al texto.

Sin embargo, como se puede apreciar, “Memoria sobre rieles” no es una entrevista. No está hecha para buscar una información determinada, no da una noticia y sobre todo, aunque contiene la información que me dio Abel, tiene un alto grado de ficción. Una posibilidad al leerlo es sentir que el personaje está siendo entrevistado, pero, al no estar las preguntas, podría parecer que Abel habla informalmente con alguien. Podríamos contemplar este texto también como un híbrido. Por un lado, mantiene matices de la entrevista y, por el otro, parece un relato en primera persona, que tiene como base la experiencia de una persona real.

Análisis del texto “Efigenia”

Este texto surge como parte de la investigación para este trabajo recepcional. Entrevisté a una mujer que vendía paletas de hielo entre los camioneros y el pasaje en el paradero de los Indios Verdes. Era una mujer de unos cincuenta y cinco años, de talla gruesa, piel muy oscura, maquillada. Sus ojos estaban mal delineados y la pintura de sus labios salía de las comisuras. Yo la había visto otras veces al salir del metro. Regularmente usaba falda larga y zapatos sin tacón. Traía una caja de cartón cubierta con cinta adherente de color café desde la base hasta la tapa y la recargaba en su cadera.

La pregunta que hice a la señora fue: ¿cómo se siente trabajar aquí, en la estación, vendiendo paletas? Como hacían mucho ruido los camiones y los puestos de discos, la mujer se acercó para escucharme mejor. Al terminar la pregunta se alejó, me miró y dijo: “Las chamacas no quieren subir a venderle paletas a los camioneros, porque ellos las violan.” Luego me dijo que tenía que retirarse porque, si no se iba, las paletas de su caja se derretirían. Fue todo.

No supe ni su nombre, ni cómo se sentía de trabajar allí y no me dio tiempo de preguntarle su historia, pero creo que a pesar de no contestarme lo que pregunté, sí me contó algo que ella necesitaba decir.

“Efigenia” cuenta sobre una mujer indígena que llegó a la estación de los Indios Verdes en busca de un trabajo digno. Por azahares del destino conoció a una ex prostituta, dueña de una paletería en la estación del metro, quien le ofreció trabajo y vivienda. Desde su llegada, esta joven llamó la atención de un chofer de autobús. Él, convencido de que ella correspondía a su amor, abusó sexualmente de ella. Efigenia, como consecuencia de esa violación, tuvo un hijo, que al cumplir un año, sufrió un accidente y murió. Ella, ante la pena de perder a su hijo, se quitó la vida.

Para encontrar la primera frontera entre acontecimiento y ficción, hay que notar que si bien la historia se basa en un comentario real que parece haber sido testimonio de algo que suele suceder en ese espacio, el relato es ficticio. Producto de mi imaginación.

Encontrar el punto de vista para contar la historia no fue fácil: Yo quería escribir un texto cuyo tema central fuera una violación sexual, y la señora de las paletas me había dado una anécdota valiosa. Pensé la historia y después de un tiempo hice la primera versión. La hice en primera persona, desde el punto de vista de la víctima y me pareció melodramática, es decir, cargada de emociones exaltadas. Luego hice la segunda versión. Esta la hice en tercera persona pero desde el punto de vista de una amiga de la víctima. Pareció lejana, no era lo que yo quería. Entonces pensé en contar desde la primera persona, pero con el punto de vista del victimario. Usar esta voz me ayudó a mostrar un personaje cínico y machista, que no ve actitud delictiva en sus actos.

Como el narrador-personaje nos muestra la personalidad de Efigenia desde la impresión que él tiene, entonces el punto de vista que aporta al texto es también impresionista: "...se centra en impresiones y sensaciones percibidas." (Araujo 357), y este punto de vista también es interno pues "Contempla la realidad desde dentro" (358). El narrador tiene la peculiaridad de observar una realidad alterna donde él cree que Efigenia corresponde a su amor: "...ella vio mi virilidad de hombre cumplidor, se sintió dominada, poseída como todas quieren sentirse" (Texto creativo 61). Por lo tanto, el narrador protagonista crea una realidad de lo que Efigenia piensa y siente. Además que no muestra arrepentimiento ni sensibilidad: "Quién iba a decirlo, se hizo como todas las ciudadinas, de cascos ligeros y con un chamaco. No, si vivir entre los puestos y los camioneros no es lugar pa una vieja y su hijo. El niño atropellado en la mañana y ella colgada del puente por la noche. Estaba mejor en su pueblo" (63). Como vemos en la cita el punto de vista, es cruel.

Y pretende ser irónico: “Figura de pensamiento porque afecta a la lógica ordinaria de la expresión. Consiste en oponer, para burlarse, el significado a la forma de las palabras en oraciones, declarando una idea de tal modo que, por el tono, se pueda comprender otra, contraria” (“Beristáin”). Y en “Efigenia” el lector intuye que la versión del narrador no es acorde a la realidad.

La voz del protagonista, entonces, fue un desafío especial, para el que tuve que hacer investigación de campo.

En la casa donde yo vivo, desde hace cuatro años, renta un cuarto un hombre llamado Adolfo. Es un señor como de cincuenta años, moreno y fuerte. De vez en cuando lo visitaban sus hijos, dos jóvenes como de quince y dieciocho años, pero nunca una mujer. Alguna vez le pregunté por qué vivía solo, hablamos y fue entonces cuando me di cuenta: el hombre era muy violento, me dijo algo así como: “No lo vas a creer, pero un día yo estaba en la esquina de mi casa tomando chelas con unos amigos y mi esposa salió a meterme, a mí, y obviamente me enojé mucho y le di un puñetazo en la cara, no fue muy fuerte pero le tiré un diente, a quién se le ocurre molestarme, yo le daba su gasto y ella no tenía por qué interrumpirme”.

Adolfo tenía muy arraigada la idea de dominio sobre la mujer y él pensaba que podía hacer con su esposa lo que quisiera, para él era algo normal. Él tenía el poder sobre las decisiones y actitudes de todos los de su casa. Era un hombre golpeador pero que le gustaba hacerse la víctima, porque decía “Yo sufrí mucho con esa mujer, me engañó y no me hacía mis cosas como lavar, planchar y la comida, me trataba como perro”. Era la voz narrativa que yo necesitaba para el texto. Un hombre insolente que tenía problemas para ver a una mujer con igualdad de derechos y como ser humano.

Además de la voz de Adolfo, que es albañil, puse mucha atención en la forma de platicar de los conductores de transporte público y rescaté palabras como *parquear*, que la utilizan para decir estacionar. La oralidad fue un elemento que busqué con mucho detalle. Mi vecino Adolfo tiene un ritmo en su forma de hablar que provoca cierto arrullo y monotonía, no importa lo que cuente tiene el mismo tono indiferente. Cuando mi inquilino me contaba las cosas yo le daba la razón, para que siguiera contando, pero me dejó asqueada con sus ideas.

El texto presenta en la primera parte una forma de expresión que no sería la de un chofer de transporte público, porque presenta la sensibilidad y las palabras que no tendría un conductor, pero eso me ayudaría a construir la ironía.

Sin embargo, yo quería lograr un efecto en el cambio de tono, que revelara la forma de actuar como un tipo que se sentía un conquistador siempre muy amable, pero que en realidad era un hombre machista y misógino, satisfecho ante el acto placentero y primitivo de quitarle el poder de decisión sexual a una mujer.

Este punto de vista enfermo y confuso entre el amor y el abuso, se presenta en la primera parte del texto a través de un lenguaje connotativo, “Manifestación de sensaciones subjetivas.” (Araujo 352)) con la intención de mostrar el modo de pensar de un hombre con el oficio de conducir un transporte público, dentro de un contexto cultural donde predomina la idea del personaje masculino como todo poderoso sobre las decisiones de la mujer. La descripción connotativa la encontramos en este ejemplo: “...con sus pestañas largas, rectas y tupidas como cortinas que caían sobre sus ojos transparentes y buenos” (Texto creativo 59). Dice que los ojos de Efigenia eran “transparentes y buenos”; es una descripción subjetiva que muestra una cualidad humana de bondad y no una cualidad objetiva como podría ser el color de los ojos. Describir de forma subjetiva “...transmite la impresión que

le produce la realidad, mediante la expresión connotativa” (Araujo 352) al personaje. Los ojos buenos nos muestran la impresión que causó en el chofer la mirada de Efigenia y se utilizó el recurso poético de la metáfora para construir la visión del narrador. Otro ejemplo: “Ella era como un secreto permanente que pedía ser revelado” (Texto creativo 57). Aquí vemos que el protagonista insinúa que Efigenia es algo que se necesita descubrir y, desde luego, se refiere al plano sexual, pero lo dice de una forma sutil. Y al mismo tiempo nos muestra la timidez con la que él considera que actúa Efigenia.

Yo quería lograr que el texto contara con la voz del chofer y que tuviera la forma de la ironía característica de Adolfo, parecían sus palabras y la inconciencia adecuada, pero no eran sus acciones.

A pesar de todo, resultó un personaje catártico, muy satisfactorio porque pude ser crítica, enfatizando su maldad, violencia y machismo cubiertos con una inocencia aparente.

“Efigenia” es, como ya dije, un texto ficticio. El más ficticio de la colección de textos. Sin embargo, como sucede en los procesos imaginativos, hay elementos que fueron inspirados por la realidad, como la violación en los camiones o ciertos aspectos del personaje.

Pero ¿a qué género pertenece este texto?

Una anécdota, según el Diccionario Terminológico de las Literaturas Románticas, es: “1) detalle encubierto (a menudo picante) de un suceso histórico o de una biografía; 2) texto breve en prosa sobre una particularidad semejante, a menudo vinculado a un desenmascaramiento psicológico y a un humor satírico” (“Rainer”). Y la intención de esta representación era descubrir la verdad del hecho encubierto por la visión del machismo del narrador en el texto. Como lo podemos ver en el siguiente ejemplo:

“Después de que la soltamos ella se arrinconó en un asiento, y no nos quiso hablar ni recibir nada. Lloró. Le pedí que me limpiara el camión porque tiró las paletas y escupió. Tuve que ser un poco duro porque no se movía. Le grité y hasta le levanté la mano. Pero al final lo hizo y se sentó en el lugar del copiloto” (Texto Creativo 62).

En este fragmento vemos cómo el conductor del camión parece no darse cuenta de la gravedad de sus actos en contra de Efigenia, y pretende que todo transcurra como si nada grave hubiera sucedido.

El origen de este texto, además, es una anécdota. La que me dijo la señora de las paletas. Fue un relato breve, que se podría considerar así:

...un suceso fugaz, que deja más o menos perplejo y que ha sucedido realmente o, en todo caso, podría haber sucedido, porque se corresponde con la respectiva persona, o con la imagen que de ella circula; la carencia de los testigos oculares o auditivos, en cuyo relato, incluso cuando está consignado por escrito, resuena el tono oral; si no hay moraleja ni ejemplaridad, hay, sin embargo una referencia a que se debería quizás reflexionar un poco sobre la cosa) (“Rainer”).

Este texto nace de un relato fugaz que contó la vendedora, provoca perplejidad en el lector, no sucedió realmente pero al parecer podía haber sucedido. Resuena el tono oral en la primera persona y los modismos del conductor e intenta, de modo sutil, invitar a la reflexión del machismo que consideramos normal en la cotidianidad.

Pero, por otro lado, la estructura de la narración que elegí para representar esta anécdota es parecida a la de un cuento que es:

...acto ficcional del lenguaje cuyo emisor no es el sujeto social [...] sino un yo que se coloca en una situación convencional, de ficcionalidad [...] sucesión de acciones

interrelacionadas lógicamente y temporalmente, la situación en que inicialmente aparecen los protagonistas es objeto de una transformación. En general, el cuento admite, por su brevedad, una intriga poco elaborada, pocos personajes cuyo carácter se revela esquemáticamente, unidad en torno a un tema, estructura episódica, un solo efecto global de sentido y, sobre todo el cuento moderno, requiere un final sorpresivo” (“Beristáin”).

En “Efigenia” imaginé tanto los personajes como la trama⁵, por lo tanto, el chofer del camión como la vendedora de paletas son personajes ficticios y no reales. La forma en que se desarrolla la historia es también una invención.

La acción se desarrolla en un orden de tiempo lógico. Primero llega Efigenia al paradero de autobuses, luego es violada, después tiene un hijo que muere en un accidente y finalmente se suicida.

Los cambios de los personajes son: Efigenia, quien es un personaje que no muestra sus sentimientos, ni lo que piensa, inicia como la joven inocente llena de vida y esperanza y termina muerta. Sólo la vemos a través de la mirada y la interpretación del chofer.

El chofer inicia como un admirador de la belleza de Efigenia y termina siendo el cínico e insensible violador; aunque durante todo el cuento mantiene su postura de hombre machista e insolente.

“Amarraba con un listón su pelo, que le caía en la espalda como una cascada de agua lenta. Cuando giraba su cabeza no se desacomodaba ni un pelito. Su piel era oscura, olía a limpio, casi no hablaba, era una india hecha y derecha...” (Texto creativo 57). En

⁵ Trama: “En los relatos, unidad sintáctico-temática recurrente en la tradición merced a que ofrece algo inusual y sorprendente que la hace distinta del lugar común” en el texto “Efigenia” la historia ficticia de a violación de esta mujer indígena es la trama de la narración, es inusual porque la cuenta el agresor.

esta cita podemos notar que, al inicio del texto, el chofer hace una descripción de Efigenia de forma amorosa con cierta admiración, que notamos cuando dice: “era una india hecha y derecha”. Por supuesto, me arriesgué a presentar un lenguaje sensible y metafórico, que no tendría un chofer, pero quise ser enfática con el cambio que venía después en el texto.

Y casi al término:

...los huesos se le asomaban del pecho, su cabello se veía horrible; cenizo y mal peinado. La vio sentada en la banqueta con la falda mugrosa, con un niño como de un año. El escuincle colgaba de su chichi vacía y oscura [...] Quién iba a decirlo, se hizo como todas las ciudadinas, de cascos ligeros y con un chamaco. No, si vivir entre los puestos y los camioneros no es lugar pa una vieja y su hijo. El niño atropellado en la mañana y ella colgada del puente por la noche (Texto creativo 62, 63).

En esta segunda cita y segunda descripción de Efigenia el personaje del chofer la describe de forma despectiva como cuando dice “ciudadinas, de cascos ligeros y con un chamaco” por lo que considero que hay un cambio del punto de vista del personaje para mirar a Efigenia.

Anderson Imbert, por su parte, dice que el cuento es: “narración breve en prosa que, por mucho que se apoye en un suceso real, revela siempre la imaginación de un narrador individual. La acción —cuyos agentes son hombres, animales humanizados o cosas animadas— consta de una serie de acontecimientos entrelazados en una trama donde las tensiones y distensiones, guardadas para mantener en suspenso el ánimo del lector, terminan por resolverse en un desenlace estéticamente satisfactorio” (Anderson 40).

El texto de “Efigenia” cumple con ser una narración breve, pero no tiene sustento en una historia real, o como diría Hayden White, en un acontecimiento. La cuestión es que en términos estrictos no es una historia vivida y contada por alguien. En general, el cuento es

un género que me agrada y considero que este texto con una base anecdótica adoptó una forma parecida al cuento.

En cuanto a su estructura empieza con la presentación de los personajes (cuando el chofer describe a Efigenia y nos muestra un panorama de la situación); hay nudo o conflicto cuando el chofer se enamora de la vendedora de paletas y ella no le corresponde; el clímax es cuando ella es violada y el desenlace es cuando ella se suicida. Además es una narración de motivaciones internas. Es decir, este tipo de narración muestra la psicología del personaje, su modo de pensar y su conflicto con la realidad. Y lo podemos notar en el siguiente ejemplo: “Ella dijo que no, pero yo sabía que las viejas dicen que no queriendo decir que sí. Además forcejear es su fantasía ¿no? Era tan salvaje que me enloqueció. Después se puso mansita” (Texto creativo 60). El narrador-personaje nos muestra lo que él creyó que la mujer a la que estaba violando pensó y deseó, en un acto brutal y violento que él consideró un acto de amor: “—No te preocupes, mi amor, no va a pasar nada que tú no quieras. Eres hermosa y yo te cuidaré” (61). El narrador no comprende que la realidad es que no había amor en ese acto de violencia y barbarie. O si acaso lo comprende prefiere no verlo.

Para escribir el ejemplo anterior hice una investigación de lo que los violadores dicen a sus víctimas, y de ahí pude tener una idea de cómo representar en la escritura una mente enferma.

El texto de “Efigenia” surge de una anécdota, mantiene algunos elementos de ella como el trabajo con la oralidad o la fugacidad de ciertos eventos, pero es más extenso, y por su estructura parece más cercano a un cuento. Por lo tanto, en cierto sentido, éste también es un texto híbrido.

Escribir este texto utilizando una voz masculina que no tiene claros los límites del respeto, me empoderó. En el transcurso de la narración sentí el control de todo lo que pasaba, no tuve miedo. Al mismo tiempo, sentí el poder de la palabra para denunciar los sutiles actos de violencia que nos llevan a sufrir las consecuencias extremas del machismo. Toda mujer ha experimentado esta discriminación y en ocasiones la ha ejercido, como parte de la integración al sistema. Y este texto me ayuda a hacer evidente lo que nos parece cotidiano, y que, sin embargo, detona mensajes contradictorios. Este texto es muy importante para mí, porque me reveló crecimiento, un cambio de actitud que me proporciona seguridad. La voz de Adolfo tan agresiva y repugnante es tal vez lo que no quiero ver de mí.

CONCLUSIONES

Como lo vimos en este trabajo busqué las fronteras entre realidad y ficción, y entre los géneros literarios de los textos del libro “Personajes de los Indios verdes”.

En los cuatro textos encontramos que la realidad es única, irrepetible, que la representamos por una necesidad de encontrarnos en el otro y no sentir que estamos solos.

Por otro lado, la representación de esa realidad puede contener distintos niveles de ficción, y eso depende de lo que el autor quiere comunicar y de cómo quiere hacerlo.

En el primer texto “La estación”, tenemos una representación de la realidad sin elementos ficcionales, era mi voz, mi punto de vista y los hechos yo los viví, por esta razón el texto puede estar considerado dentro del género de la autobiografía. Sin embargo, no lo es en su totalidad porque sólo es un fragmento de mi vida. Aunque también puede ser considerado como una crónica en cuyo caso no cumple con todos los elementos de dicho género, pues no es oportuno ni es una noticia. Este texto, con un contenido que me hace sentir frágil y vulnerable, fue difícil de escribir por la situación que revela. En este proceso de escritura y análisis me pude dar cuenta que existe un crecimiento paulatino en cada texto, no obstante el vínculo más fuerte es con el último relato “Efigenia” y lo comentaré más adelante.

En el caso de “La hija de don Luis” se trata de la vida de mi mamá y la información fue rescatada de sus recuerdos, este texto, como ya lo mostré, tiene mayor grado de ficción

porque había que adecuarlo para que la historia fuera coherente. A pesar de ser recuerdos no pueden considerarse memorias, porque tienen una trama lógica dentro de un esquema temporal ordenado cronológicamente. Puede considerarse una biografía, por ser la vida de una persona, pero no cumple con todas las características y no cuenta una vida completa. Este texto me dio tranquilidad, porque me reconcilió con el pasado, no solo como la nieta y la hija, sino también como mujer. Me hizo revalorarme y revalorar a mi mamá a partir de la imagen de una madre que luchó, se entregó al sistema de sumisión y luego sigue luchando. Creo que su naturaleza le dice que algo no está bien, pero tiene miedo.

En el caso de “Memorias sobre rieles”, los dos primeros apartados son ficticios en su totalidad y los demás apartados del texto, aunque tienen información que me proporcionó el conductor, tienen mayor grado ficción que el texto anterior. La génesis de este texto es la entrevista y se pueden detectar algunos vestigios de las preguntas en la narración, lo que ayudaría a ubicarlo en este género, pero no busca información determinada ni busca una noticia. En la versión final, el texto es más parecido a una plática informal, por lo que no podemos ubicarlo en la entrevista. Con este texto el aprendizaje es peculiar, pues inconscientemente vi a Abel como mi abuelo y lo miré con resentimiento, con coraje, no había razón aparente para ello, pero así fue.

Finalmente el texto “Efigenia” que surge de un comentario, se convierte en una historia ficticia en su totalidad. Puede ser considerada dentro del género de la anécdota por su origen, por tratar de rescatar la oralidad del personaje y por tratar de guiar al lector a la reflexión. No obstante es muy extenso para ser considerado anécdota. Pero por su estructura y características es más parecido al cuento.

“Efigenia” es el cierre del libro “Personajes de los Indios Verdes”. Al principio, la profesora Karla y yo buscamos que el orden de los textos fuera de la narración más cercana

a mí y a lo real y en forma gradual colocar los textos más alejados y ficticios. Pero en el proceso de análisis me he dado cuenta de que el primer texto es el más superficial y con el último tengo, aunque sea ficción, una cercanía profunda. Este texto es el que revela mi enojo ante la problemática del machismo que se ha vivido en mi familia por tanto tiempo. Cada texto, al aumentar paulatinamente su grado de ficción, entró en mi inconsciente y reveló aspectos interesantes conocidos pero evadidos por mí. En “Efígenia”, especialmente, encontré el placer de estar del otro lado. Esto no es sencillo de decir, por suerte aparte de ustedes, nadie leerá esta reflexión⁶.

Estas cuatro realidades, las realidades de las narraciones, son representadas en estos textos con distintos niveles de ficción y podríamos considerar que “las ficciones no son sinónimo de irrealidades o fantasía, y que de hecho nos ofrecen un profundo conocimiento del mundo, que sería difícil de obtener de otra manera” (Pinto 52) y yo añadiría que dentro del conocimiento que proporciona la ficción se encuentra el autoconocimiento del escritor. Parfraseando a mi profesor Xhevdet, todos los libros son de autoayuda, en todos ellos hay un proceso de aprendizaje innegable.

En la búsqueda de la segunda frontera de cada texto, podemos decir que los cuatro textos son híbridos, porque cada uno contiene características de dos géneros literarios,

⁶ En el proceso de lectura, la Doctora Tania Hogla Rodríguez Mora, planteó otras posibilidades de lectura y estudio de los textos que componen “Personajes de los Indios Verdes”. Una es relacionada con los estudios de la ciudad y con la tradición literaria que representan los espacios urbanos. Otra la que tiene que ver con literatura escrita por mujeres y con los estudios de género. Ahora me doy cuenta que son temas que aparecen en mi obra, y que son posibilidades para seguir explorando en mi trabajo como escritora, por un lado, y en mis estudios por otro.

aunque yo considero que es difícil tratar de encasillar o limitar un texto a una definición que finalmente es innecesaria para el lector.

El texto reflexivo, el de la poética, es introspectivo y revelador para mí. De tal forma que las correcciones fueron un reto emocional. Hubo un momento en que la profesora Karla me dijo “el texto sigue en desorden, recórtalo con tijera y une los temas”. No lo corté fui a la computadora, e intenté cortar-pegar. Pero no lo logré. Entonces decidí cortarlo. Y de esa forma, no sólo ordené el texto sino, que comprendí mejor lo que había hecho. Palpé el texto y estaba terminado.

La realidad transcurre y cohabita con nosotros, decidimos hacerla historia porque queremos conciliarnos con ella; saber de dónde venimos nos ayuda a encontrar nuestra identidad y nuestro lugar en el tiempo y el espacio. Gracias a la vida por darme la oportunidad de haber terminado este proceso y gracias a ustedes por su lectura y sus enseñanzas.

BIBLIOGRAFÍA

Abbagnano, Nicola. *Diccionario de filosofía*. México: Ed. Fondo de Cultura Económica, 7^a reimpresión, 1989. Impreso.

Álvarez, Manuel Francisco. *La cultura Plástica en México*. México: Ed. American Book and Printing, 1982. Impreso.

Álvarez, José Rogelio. Director. *Enciclopedia de México*. México: Enciclopedia de México, 1973, p.VII:24. Impreso.

Anderson Imbert, Enrique. El cuento español. *Teoría y técnica del cuento*. Bueno Aires: Ed. Columba, 1959. Impreso.

Anécdota: en *Diccionario tecnológico de las literaturas románticas*. Rainer Hess, Gustav Siebenmann, Mireille Frauenrath, Tilbert D. Stegmann. Versión española de José Ma. Díaz- Regañón López. Madrid: Ed. Gredos, 1995. Impreso.

Araujo, Nara. Teresa Delgado. *Textos de teorías y crítica literarias (Del formalismo a los estudios poscoloniales)*. México: Ed. Universidad Autónoma Metropolitana, 2003. Impreso.

Bachelard, Gastón. *La poética del espacio*. México: Ed. Fondo de Cultura Económica, 2ª ed. 1983. Impreso.

Báez, Eduardo. *Guía del Archivo de la Antigua Academia de San Carlos*. 1867 -1907, 2 vols. México. UNAM. 1993. p.271. ctd. en Acevedo, Esther. Los caminos de Alejandro Casarín (1840-1907)

<<https://revistas.inah.gob.mx/index.php/antropologia/article/download/30252926>>

Barthes Roland, A.J. Geremias, Umberto Eco, Jules Gritti, Violette Morin, Christian Metz, Gereard Genette, Tzuetan Todorov Claude, Bremond. *Análisis Estructural del Relato*. Tlahuapan Puebla, México: Ed. Premia editora de libros. 5ª edición, 1986. Impreso.

Beristáin, Helena. *Diccionario de retórica y poética*. México: Ed. Porrúa, 5ª edición, 1995. Impreso.

Diccionario de la real academia de la lengua española. RAE. <http://dle.rae.es/?w=ficci%C3%B3n%20&m=form&o=h> consultado el 24 de septiembre de 2015.

Diccionario Porrúa Historia Biografía y Geografía de México. México: Ed. Porrúa, 1986. Impreso.

Dominguez Caparros, José. *Introducción a la Teoría Literaria*. Madrid: Ed. Univercitaria Ramón Areces, 7ª edición, 2014. Impreso.

Dosse, Francois. *El arte de la biografía*. México: Ed. Universidad Iberoamericana, 2007. Impreso.

“Elipsis” en Beristáin.

“Ficción” en Beristáin.

“Ficción” en Abbagnano

“Ficción” en Diccionario de la RAE.

“Ficción” en Rainer.

“Frontera” en Szurmuk.

“Géneros literarios” en http://www.ieslaasuncion.org/castellano/Generos_literarios.htm

“Hibridez” en Szurmuk.

“Intersticio” en Diccionario de la RAE.

“Indios Verdes” en Diccionario Porrúa

“Ironía” en Beristáin.

Jacobson, Roman. *Lingüística y poética*. en Araujo Nara y Teresa Delagado. Textos de teorías y crítica literarias.

Marín, Carlos. *Manual de periodismo*. México: Ed. Grijalbo, 2003. Impreso.

“Melodrama” en Diccionario de la RAE.

“Mímesis” en Beristain.

Monumentos de los Indios Verdes. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
Coordinación Nacional de Monumentos Históricos.

Nietzsche, Friederich. *Así hablaba Zaratustra*. Madrid: Editam libros, 2004. Impreso.

Oberti, Liliana. *Géneros literarios*. Buenos Aires: Ed. Long seller, 2002. Impreso.

Otero León, Lourdes. *Las memorias como género literario y filosófico en Simone de Beauvoir: Memorialismo, Bildungsroman y crítica de género*. Revista de filosofía A parte rei. Web. 6 de noviembre 2008. <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/otero60.pdf> consultado el 25 de agosto de 2015.

Paredes, Alberto. *Las voces del relato*. México: Ed. Universidad Veracruzana, 1987. Impreso.

Pinto Araujo, Laura Viviana. *La verdad que devela la ficción*. Tesis. Universidad Nacional Autónoma de México. 2008. Impreso.

Pozuelo Yvancos, José María. *De la autobiografía: Teoría y estilos*. Barcelona: Ed. Crítica, 2006. Impreso

Prado Oropeza, Renato. *Literatura y Realidad*. México: Ed. Fondo de Cultura Económica, 1999. Impreso.

Rainer Hess, Gustav Siebenmann, Mireille Frauenrath, Tilbert D. Stegmann. Versión española de José Ma. Díaz- Regañón López. *Diccionario tecnológico de las literaturas románticas*. Madrid: Ed. Gredos. 1995. Impreso.

“Realidad” en Abbagnano.

“Representación” en Abbagnano

Reyes, Alfonso. *Apuntes para la teoría literaria. Ediciones del Festival Alfonsino*. México: Ed. Universidad Autónoma de Nuevo León, 2005. Impreso.

Szurmuk, Monica y Robert McKee Irwin ; colaboradores, Silvana Rabinovich ... [et al.].

Diccionario de estudios culturales latinoamericanos. México: Siglo XXI Editores, Instituto Mora, 2009. Impreso.

Tornero Angélica. *El personaje Literario*. México: Ed. Universidad Autónoma de Morelos, 2011. Impreso.

Villalpando, José Manuel y Rosas, Alejandro. *Historia de México a través de sus gobernantes: 150 biografías de los tlatoanis, virreyes y presidentes (1325 – 2000)*. México: Ed. Planeta, 2003. Impreso.

Villoro, Luis. “El sentido de la Historia” en Carlos Pereira et al *Historia ¿Para qué?* México: Ed. Siglo XXI, 8ª edición, 1986.

White, Haiden.

El texto histórico como artefacto literario y otros escritos. Barcelona-Buenos Aires-México: Ed. Paidós, 2003. Impreso.

(http://www.ieslaasuncion.org/castellano/Generos_literarios.htm) consultado el 14 del 4 de 2016 03:12.

